

SAQUE DIRECTO AL CORAZÓN

LOLES LÓPEZ



ÍNDICE

Portada
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

El primer encuentro entre Leo y Erika no fue muy afortunado, pero de no haber sido por aquel incidente, tal vez el mejor tenista de todos los tiempos no se hubiera fijado en aquella morena que lo miraba con antipatía.

Leo está acostumbrado a tener a cualquier mujer que desee, y disfrutar de una noche de sexo con ella se convierte en un reto para él. Sin embargo, Erika no es igual que las demás. Harta de aquel arrogante tenista, no desperdicia ni una ocasión para que se dé cuenta de su animadversión hacia él. ¡Ella es inmune a sus perfeccionados encantos!

Al igual que en un partido de tenis, los protagonistas irán soltando aces a su rival, dejándolo descolocado y fuera de juego, pero no todo vale en la partida del amor...

1

Los árboles la resguardaban del ardiente sol de aquella tarde a mediados de agosto. Aunque fuese una locura correr con esa temperatura, a ella no le importaba, pues así podía aprovechar y admirar los lugares por donde pasaba, sin tener que hacer un esfuerzo sobrehumano porque estuviera repleto de turistas. Llevaba recogida la larga melena morena en una perfecta trenza alta, que se balanceaba al ritmo de las grandes zancadas que daba; se había puesto pantalones cortos de lycra grises y una camiseta de tirantes de color rojo. Pasó por delante de la espectacular Unisphere, un globo terráqueo de acero de cuarenta y dos metros de altura, hueco, en el que se veían perfectamente los continentes que formaban el planeta Tierra y bordeado por unos surtidores de agua. Sin duda, era el emblema del impresionante parque Flushing Meadows-Corona. Corrió rodeando el monumento y admirando todos sus detalles; el viento la salpicaba con pequeñas gotas de agua que refrescaban su piel bronceada por el sol. Era una obra preciosa, la mirase por el lado que la mirase. Estaba absorta observando su belleza, cuando de repente alguien chocó con ella y, a causa del impacto, Érika se precipitó al agua de la fuente, quedando sentada sobre el fondo, completamente empapada.

—¡¡Eh!! —gritó indignada, mojada y enfadada al verse de aquella guisa.

—¿Es que no miras por dónde andas? Has estado a punto de lesionarme — le espetó un chico con malas maneras.

Érika lo observó con cierto recelo, sin moverse de allí. Era muy atractivo, de cabello castaño, que llevaba corto y peinado con un estilo moderno, levantado hacia arriba formando una cresta; era atlético, a través de su

camiseta se podía intuir un torso muy musculado y unos brazos de bíceps bien definidos; su mirada quedaba oculta por unas gafas de sol Ray-Ban Aviator espejadas, lo que le daba un plus de chico malo.

La miraba sin hacer ademán de ayudarla a levantarse de la fuente, y se limitaba a tocarse el brazo derecho con preocupación, como si el topetazo le hubiese provocado una contractura.

—¿Que yo te voy a lesionar? ¿Y tú qué? ¿O crees que me gusta bañarme en las fuentes públicas? —preguntó Érika, visiblemente molesta por la actitud insolente de aquel muchacho.

Se levantó para salir de allí. Estaba totalmente empapada. Al contacto con el suelo, sus zapatillas produjeron un sonido desagradable y ella hizo un mohín al notar aquel tacto tan extraño en sus pies. Intentaba por todos los medios no resbalar y no volver a caerse de nuevo.

—No sé si te gustará hacerlo o no, pero te recomiendo que te apartes siempre que me veas cerca —comentó él, bajándose un poco las gafas y recorriendo su cuerpo con la vista, despacio y convirtiendo aquella acción en algo sucio y prohibido.

—¡Eres un cerdo! —exclamó ella, fulminándolo con la mirada y cruzando los brazos sobre el pecho para cubrirse.

—Me han llamado cosas peores —ironizó soberbio—. Y también mejores. —Le guiñó un ojo sonriendo y se volvió a poner las gafas de sol.

—Seguro que las peores ganan a las mejores, porque con esa actitud prepotente no te debe de aguantar nadie —gruñó Érika en tono seco.

Y, sin darle tiempo a responder, se fue corriendo hacia el gran complejo deportivo USTA Billie Jean King National Tennis Center, dejando a su paso las visibles huellas de sus zapatillas mojadas.

Tenía tal cabreo que hubiese sido capaz de decirle cualquier grosería, pero prefirió callarse. Sabía quién era él y no le apetecía malgastar palabras con un hombre así. Llegó a su habitación dejando un visible rastro mojado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó su hermano Rafa al verla entrar tan seria.

—Un gilipollas me ha tirado al agua y el muy... no ha tenido ni la decencia de disculparse.

—A saber lo que estarías haciendo tú... —murmuró el joven mirándola con desconfianza.

—Correr, que yo sepa no es ningún delito... ¿Adónde vas ahora? —preguntó viendo que llevaba su cámara de fotos con zoom.

—A trabajar un rato. Cámbiate y baja, creo que papá quiere que entrenes un poco con Martín.

—Ya voy... —bufó Érika, entrando en el cuarto de baño para darse una ducha rápida y cambiarse de ropa.

Sonriendo, su hermano abandonó la espaciosa suite con dos dormitorios separados por una salita que ambos compartían.

Su padre era un famoso entrenador de tenis, y la vida de sus hijos siempre había estado vinculada con este deporte. Cuando su madre falleció, empezaron a viajar a todos los torneos con su progenitor. A causa de una lesión en la rodilla, Rafa no pudo convertirse en lo que su padre siempre había anhelado: un jugador profesional, pero supo arreglárselas para dedicarse a algo relacionado con el deporte. En la actualidad era periodista de una famosa y prestigiosa revista. Ella en cambio no se dedicaba a nada por el momento, y seguía acompañando a su padre a los torneos y haciéndole de sparring —una especie de jugador comodín que ayudaba en los entrenamientos— cuando se lo pedía.

Su padre, Rafael Acosta, era uno de los mejores entrenadores de tenis que había por el momento y cuando vio que su hija tenía madera para practicar ese deporte, no dudó en centrarse en ella, pero Érika no quería competir... A ella le gustaba jugar por diversión, aunque cuando su padre le pedía que jugara un partido con un tenista de élite, lo hacía. Sin embargo, no quería sentir la presión de tener que ser la mejor, de ser la número uno. No servía para eso...

—¿Cómo está mi sparring preferida? —la saludó Rafael Acosta al verla acercarse a una de las dieciocho pistas de tenis que había en el interior del famoso USTA Billie Jean King.

Érika llevaba un vestido corto de tenis con un minúsculo pantalón debajo, ambos de color blanco.

—Aquí me tienes. ¿Qué quieres mejorarle? —preguntó, sabiendo que la utilizaría para perfeccionar algo del tenista que ahora su padre tenía a su

cargo.

—¡Ésta es mi chica! —exclamó él con una sonrisa, orgulloso de ella—. El próximo rival de Martín está obsesionado con los golpes de revés plano paralelo, intenta hacer los máximos posibles. Y hazle correr mucho, ¿de acuerdo?

—Sin problema.

Érika se acercó a aquel chico al que conocía desde hacía un año, cuando su padre empezó a entrenarlo para mejorar su ranking, y lo saludó con una sonrisa. Se fue al otro extremo de la pista y, agarrando con firmeza su raqueta roja, esperó a que él sacara. Empezarían calentando un poco y luego haría que sudase.

No era la primera vez que jugaban juntos, su padre le pedía muy a menudo que entrenara con él para que el joven aprendiese a contrarrestar algún golpe. Martín estaba jugando la fase previa del campeonato Open USA y Rafael quería que llegase muy lejos en ese torneo; sabía que, con un buen entrenamiento, el chico daría que hablar.

Érika lo llevaba de un extremo a otro de la pista, pero Martín, de unos veinte años, le devolvía todos los ataques. Estuvieron jugando durante un set completo. Rafael admiraba la forma que su hija tenía de moverse. Si ella hubiese querido, habría podido ser muy grande...

* * *

—¿Quién es la chica que hace correr sin descanso a ese muchacho? No la conozco... —El joven que lo había preguntado se paró delante de la pista de tenis sin apartar la vista de aquella chica vestida con aquel sugerente vestido blanco.

—Leo, que te veo venir... —bufó su entrenador, a sabiendas de su fama.

—No pienses cosas que no son, lo pregunto porque es buena jugando... sólo eso —replicó él, sin apartar la mirada de aquella morena e intentando hacer memoria, porque le sonaba de algo.

—No sé quién es, yo tampoco la conozco. Supongo que será una sparring. Pregúntaselo a Rafael, seguro que estará encantado de decírtelo...

—Lo haré... —respondió Leo, retomando su camino hacia otra pista cercana.

—Sólo te pido que estés al cien por cien en este campeonato; te juegas mucho Leo —insistió su entrenador.

—Lo sé y este año lo voy a lograr; ya lo verás, David. Estoy teniendo una temporada envidiable y sé que voy a conseguir lo que pocos han logrado: el Grand Slam.

—Pues entonces, vamos a ello —concluyó el hombre, cerrando la pequeña puerta que daba acceso a aquella pista.

Leo Silva venía de disputar un Máster 1000 en la ciudad de Cincinnati, donde había obtenido la victoria con una facilidad casi pasmosa, y ese año quería lograr su meta, que consistía en ganar en una misma temporada el Open de Australia, el Roland Garros, el Wimbledon y el Open Usa; y todo con sólo veintiséis años. Si lo conseguía sería un gran logro. Era favorito en todas las casas de apuestas del país: aquella temporada había logrado ganar todos los torneos que había disputado. Llevaba como número uno más de ciento cincuenta semanas y había conseguido batir varios récords.

Su entrenador hacía varios años que estaba con él y sabía bien cuáles eran sus fallos, y cuál su punto fuerte. Leo estuvo entrenando duro, mientras David no paraba de lanzarle bolas.

Aún quedaba una semana para que comenzase a jugar, ahora empezaba a disputarse la fase previa para terminar de completar el cuadro final. Él partía como primer cabeza de serie, lo que conllevaba jugar en la fase final en la segunda ronda. Pero prefería estar ya allí, así podía practicar en aquellas pistas rápidas y ver a sus futuros contrincantes. Además de conocer chicas... Porque uno de sus puntos débiles no estaba dentro de las pistas de tenis, sino fuera. Leo Silva era un mujeriego empedernido, le encantaba conquistar y atraer a las mujeres más guapas de cada país. ¡No lo podía evitar! Además tenía tres cosas a favor para que ellas no pudieran resistirse a sus encantos: era famoso, era rico y era guapo.

Después de unas horas de entreno se fue hacia su suite a ducharse y luego bajó a un restaurante del mismo complejo para cenar, allí lo aguardaba su entrenador. El sitio era de bufet libre y Leo pasó por diversas fuentes de

comida cogiendo lo que más le apetecía.

—David, voy a la mesa que está al lado de la columna —indicó, mirando a su entrenador.

Se volvió y echó a andar sin mirar, con tan mala pata que en ese momento pasaba alguien y sus bandejas chocaron.

—¡Hoy no es mi día! —exclamó Érika, a punto de mancharse la camiseta rosa palo.

—Pero ¿qué haces? ¿No tienes ojos en la cara? —le espetó Leo, molesto al ver que se había manchado el polo blanco con salsa de yogur.

—Pero si eres el tío que me ha empujado a la fuente —dijo ella, mirándolo—. ¿Sabes lo que te digo? ¡Que te lo tienes bien merecido! —concluyó con una sonrisa, dejándolo plantado donde estaba, con la bandeja en la mano y un manchurrón en su caro jersey.

Leo se quedó observando cómo contoneaba las caderas, realizadas por aquella ajustada falda vaquera. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y la vio sentarse a la mesa que ocupaba uno de los mejores entrenadores del mundo. Leo había oído hablar de aquel hombre y sabía que su fama estaba más que justificada; era muy duro con los jugadores y siempre les exigía el máximo. Al principio de su carrera, intentó que fuese él quien lo ayudase a llegar a ser el mejor, pero por aquellos años Rafael Acosta ya tenía a su cargo a un jugador y no podía coger a nadie más.

Lo que Leo no entendía era qué hacía ella sentada al lado de aquel hombre, que además estaba acompañado de un aprendiz de tenista y de aquel periodista deportivo de cuyo nombre no se acordaba.

Con la mirada clavada en la joven, Leo se fue acercando a otra mesa, un poco alejada de la de ella, pero lo suficientemente cerca como para poder verla desde allí.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó David, dejando la bandeja sobre la mesa y mirándole el polo manchado.

—Un accidente —susurró él, sin apartar la vista de aquella chica que sonreía sin cesar mientras comía con apetito.

—¿A quién miras? —quiso saber su entrenador, que se volvió y vio a la destinataria de aquellas miradas.

—A nadie... —susurró Leo—. ¿Por qué está sentada con Rafael?

—Ni idea, a lo mejor es su novia... o la novia de su protegido —comentó David encogiéndose de hombros con indiferencia—. Hemos quedado que estarías a tope, no quiero distracciones y menos en este campeonato.

—Sólo tengo curiosidad...

—¿Sólo eso?

—Sí, cuando sepa quién es, pasaré página.

—No sabía que fueras tan cotilla —bromeó David, negando con la cabeza—. Termina de comer y nos acercamos a saludarlos. He hablado en un par de ocasiones con Rafael Acosta y es muy agradable.

Sin apartar la vista de aquella chica, Leo siguió cenando. No era especialmente guapa, pero tenía algo que invitaba a mirar. Su sonrisa era abierta y sincera y su mirada segura y desafiante, algo raro para su edad, no le echaba más de veintidós o veintitrés años. En ese momento sus miradas se cruzaron y él no pudo evitar esbozar una sonrisa cuando la vio levantar los ojos hasta ponerlos casi en blanco y volver su atención a los tres hombres que rodeaban la mesa.

—¿Ya has acabado? —preguntó David con una sonrisa, al verlo tamborilear con dedos nerviosos sobre la mesa, esperando a que él terminase de cenar.

—Sí. —Sonrió mostrando sus perfectos dientes blancos.

—Si fueses así para todo, ya haría tiempo que estarías dentro de la historia del tenis —farfulló su entrenador, levantándose de su asiento y dirigiéndose hacia la mesa ocupada por su colega de profesión.

Leo lo seguía muy cerca y cuando llegaron a la mesa, vio cómo a la joven se le cambiaba el semblante al verlo. Reprimió una sonrisa; le encantaba ver aquella reacción tan poco común para él, que estaba acostumbrado a sonrisas nerviosas y cuchicheos, y no a que lo mirasen con desagrado.

—Hola, Rafael, ¿cómo te va? —saludó David, estrechándole la mano al otro entrenador.

—Muy bien —comentó éste con una sonrisa, devolviéndole el saludo—. Vaya, si vienes con el hombre del momento. ¿Qué tal, Leo?

—No me puedo quejar —contestó él sin dejar de mirar a la chica. Se dio

cuenta de que no apartaba la vista de su servilleta arrugada, que doblaba y desdoblaba sin cesar.

—¿Tu nuevo chico? —preguntó David, señalando a Martín.

—Sí, recordad su cara porque apunta muy alto —contestó Rafael mirando con afecto a su protegido, que le sonrió agradecido—. No conocéis a mis hijos, ¿verdad?

—¿Tus hijos? —se sorprendió David, y miró de reojo a Leo.

—Sí, tengo la suerte de poder viajar con ellos a los torneos; además mi pequeña me ayuda mucho en los entrenamientos. Es muy buena jugando. Os presento a Rafa y Érika —dijo.

Al oír su nombre, Érika levantó la vista y sonrió a modo de saludo; su hermano, dispuesto a sacar alguna exclusiva de aquel tenista tan escurridizo con la prensa, se puso en pie de un salto y le tendió la mano.

—Sentaos y tomad un café con nosotros —los invitó Rafael señalando la mesa.

—Gracias, será un placer —murmuró Leo, tomando asiento frente a Érika, que levantó los ojos cuando lo tuvo delante y, dejando la servilleta sobre la mesa, se puso en pie.

—Papá, yo me retiro ya a mi habitación. Ha sido un placer conocerles —les dijo a los otros dos en tono serio.

—¿Ya? Pero hija, tómate algo... —susurró su padre con dulzura.

—No me apetece —replicó, tocando con delicadeza la espalda de su padre antes de alejarse de allí.

Leo se quedó mirando cómo se iba. No había tenido oportunidad de desplegar sus encantos en su presencia, pero ahora sabía quién era. Sólo era cuestión de encontrar el momento adecuado para volver a hablar con aquella chica tan extraña para él.

2

Érika se tuvo que levantar muy temprano; su padre le había comentado el día anterior que la necesitaba para que volviese a entrenar con Martín. Bajó al restaurante a desayunar con los ojos aún medio cerrados. No había dormido bien, molesta con aquel tenista tan maleducado, que tuvo el descaro de sentarse a su mesa haciéndose el simpático delante de su familia, cuando horas antes se había comportado como un auténtico estúpido. Había oído hablar del famoso mujeriego y ególatra Leo Silva; era imposible, siendo quién era, no saber de él. Sí, era bueno como tenista, y llegaría lejos si los líos de faldas no se lo impedían. Porque Leo era muy famoso dentro y, sobre todo, fuera de las pistas; se le atribuía una lista casi interminable de conquistas para todos los gustos: rubias, morenas, pelirrojas, altas, bajas, famosas, deportistas, modelos, fans... y así hasta abarcar todas las variaciones posibles. Nunca duraba mucho con ellas, a veces unos días o incluso unas semanas. No tenía relaciones serias, él se encontraba en lo más alto de su carrera deportiva y tampoco lo buscaba...

Se sentó a una mesa al lado de un ventanal, con un buen café bien cargado y unas tostadas con mantequilla y mermelada de frambuesa. La sala empezaba a llenarse de ansiosos tenistas que querían pasar a la siguiente fase, el nerviosismo se palpaba en el ambiente, así como las ansias de ganar. Agradeció haber tomado la decisión de no competir unos cuantos años atrás, cuando su padre se dio cuenta de que ella valía para el tenis, pero aún no sabía qué hacer con su vida. Tenía veintidós años y siempre había estado viajando de acá para allá, estudiando con un profesor privado que los

acompañaba a todos los torneos, sin tener la posibilidad de hacer amigos en un lugar fijo. El tenis se había convertido en el eje de su vida, no la dejaba respirar y tampoco le permitía sentirse feliz. Sabía que su progenitor había hecho lo que creía que era lo mejor para ella; acababa de morir su esposa y lo que menos le apetecía era dejar sola a su hija de ocho años en casa de los abuelos. Su hermano Rafa era seis años mayor que ella y, aunque le dolió mucho la falta de su madre, no la notó tanto como Érika.

—¿También juegas al tenis? —le preguntó Leo acercándose a su mesa y sentándose enfrente de ella.

—¿Ahora te haces el simpático conmigo? —soltó Érika molesta, dejando la taza sobre la mesa.

—Yo siempre soy simpático —susurró él, esbozando una sonrisa encantadora.

—Si tú lo dices... —resopló ella, levantándose de la silla.

—¿Ya te vas?

—¡Bravo por ti, has adivinado mis intenciones! —soltó, dejándolo de nuevo solo.

La observó cómo se marchaba con una sonrisa en la boca. Estaba confirmado: aquella chica no era como las demás. Se recreó la vista, comprobando lo bien que le sentaba la falda negra de tenis y la camiseta ajustada color fucsia. Su larga trenza danzaba sobre su espalda al ritmo de los movimientos acompasados de su cuerpo.

Faltaba una semana hasta que comenzara la fase final y luego tendría que volcarse al máximo en el torneo, pero hasta entonces aprovecharía para atraerla a sus redes. Ninguna chica se le había escapado y aquella no iba a ser menos, aunque no tuviera mucho en común con las otras que había conocido. Desayunó y se fue a dar un paseo por las pistas del complejo, sabía que ella debía de estar cerca. Iba vestida con ropa deportiva cuando salió del restaurante, y eso sólo significaba una cosa: que iría a entrenar. Lo que al final no había podido averiguar era si se dedicaba al tenis de manera profesional.

Al final la encontró. Estaba en la pista más alejada y Leo se quedó quieto mirando a través de la verja. Observó la manera que tenía de moverse, con total seguridad, cómo luchaba sin descanso, haciendo que su contrincante fuera

como un loco de un lado a otro de la pista. Tenía aplomo, eso no se le podía negar y, con lo bien que jugaba, le extrañó que no le sonara su cara ni su nombre...

—Hombre, Leo, ¿has venido a espiar a mi chico? —le preguntó en broma Rafael Acosta, acercándose al lado de la valla donde se encontraba.

—Si tengo que ser sincero, me he quedado asombrado por la manera que tiene su hija de jugar. ¿En qué puesto de la WTA está? Debe de ser de las mejores —comentó Leo, sin dejar de mirar la lucha que la joven mantenía con el tenista.

—Ufff. ¡Ya me hubiese gustado que su nombre figurase en la WTA! Qué va... Érika sólo juega por diversión, no quiere competir en ningún tipo de torneo —explicó, encogiéndose de hombros resignado.

—Es una lástima, porque es muy buena —musitó Leo, observando cómo hacia un saque y lo clavaba en la línea; había conseguido un *ace* casi sin despeinarse.

—Ya lo creo que es buena; me ayuda muchísimo con Martín. Es una jugadora muy completa. Se le dan bien todos los golpes, tiene muy buen fondo, puede ir de un lado al otro de la pista para buscar una pelota... pero...

—Pero no quiere competir —terminó la frase de aquel hombre que miraba a su hija con adoración.

—Sí, y aunque me gustaría que fuese de otra manera, no puedo obligarla a hacerlo.

—Rafael, ¿le puedo proponer una cosa? —preguntó Leo, mirándolo a los ojos.

* * *

Érika estaba exhausta. Martín cada vez le daba mejor a la pelota y comenzaba a conocer sus puntos débiles, pero era divertido jugar con él. Se secó la cara con la toalla y buscó con la mirada a su padre, que estaba hablando con... Hundió la cara en la toalla, intentando calmar su rabia. Desde que chocó con Leo Silva en la Unisphere no dejaba de verlo por todas partes. Esperaba que no volviera con la misma cantinela, porque ella no tenía ganas

de entablar conversación con semejante elemento. No le gustaba la manera que tenía de utilizar a las mujeres, pavoneándose delante de todos con una chica nueva colgada del brazo cada poco tiempo. Estaba claro que ellas estaban encantadas de ser el foco de atención de los fotógrafos, pero luego, incluso sólo pasadas unas horas, él las dejaba plantadas por otra más guapa o más famosa. Odiaba a los hombres así, que se creían que las mujeres eran como Kleenex, para usarlas y tirarlas en cualquier esquina...

—Joder, Érika, no me gusta nada ese tío —susurró Martín, acercándose a ella.

—Ni a mí... —gruñó Érika, mirándolo de reajo.

Martín era un buen chico, tenía dos años menos que ella, pero se notaba que quería llegar lejos en el tenis profesional. Desde un principio congeniaron y nunca vio que lo molestase el hecho que fuera ella, una mujer, su sparring. Érika esperaba que algún día pudiera desbancar al presuntuoso y chulo de Leo Silva. Le encantaría verle la cara, derrotado por un chico más joven que él. Sonrió al ocurrírsele la idea. Vio cómo su padre se acercaba a ellos y miró de reajo a Leo, que le sonreía antes de darse la vuelta y marcharse de allí.

Suspiró aliviada, por lo menos se había ido y podrían retomar el entrenamiento. Aquella tarde Martín tenía un partido muy importante y debía ganar si quería continuar en el campeonato. Sabía que estaba nervioso, se lo había notado mientras jugaban, pero esperaba que todo lo que había aprendido al lado de su padre lo demostrara en la pista de tenis. Estuvieron un rato más intentando trabajar los puntos débiles de Martín, hasta que llegó la hora de comer. Antes de ir al restaurante, se ducharon y quedaron en verse allí.

Érika iba con la bandeja en la mano, intentando elegir qué comer entre aquella inmensa variedad de alimentos. Se estaba empezando a cansar de ese mundo. Sabía que cuando tomara la decisión de no acompañar más a su padre, éste se llevaría un gran disgusto, pero no podía continuar así. Desde los ocho años viajaba con él, rodeada siempre de los mejores tenistas, oyendo hablar del tenis, viendo tenis, y con toda su vida girando en torno a ese deporte... Estaba saturada, ésa fue la razón principal de que ella no se convirtiera en profesional; eran ya muchos años viviendo de aquella manera y quería cambiar, hacer algo distinto con su vida... El problema era que no sabía qué

hacer...

Se sentó deprimida a una mesa con algo de comida en el plato, aunque se le había quitado el apetito... Era increíble, pero había sido más rápida en ducharse que ellos... Esperó a que llegasen, picoteando sin ganas la ensalada. Esas semanas que iban a pasar en Estados Unidos, debía plantearse de una vez por todas qué iba a hacer con su vida. Se había dado un ultimátum a sí misma y lo cumpliría costara lo que costase.

—¿No tienes hambre?

Levantó la mirada y lo vio otra vez, con aquella sonrisa chulesca y su seguridad aplastante, observándola con atención. Érika bufó y puso los ojos en blanco.

—Pues la poca que tenía me la has quitado tú con sólo aparecer —replicó tajante, dejando el tenedor sobre el plato de ensalada.

—No era ésa mi intención. Sólo te quería decir que eres muy buena jugando al tenis. —Leo sonrió.

—Hale, ya lo has dicho. Ahora ve con el cuento a otra mesa —contestó con seriedad, señalando con la mano el resto de la sala.

—¿Me estás echando? —preguntó, asombrado de su actitud; aquello era nuevo para él.

—No... por favor, ¡oh, maravilloso Leo Silva! —exclamó Érika con ironía—. Sólo le estoy invitando a que mueva su valioso culo y se vaya lo más lejos posible de mi vista.

Leo se quedó sin palabras. No podía dejar de sonreír, aquella chica era dura e implacable con él. Se levantó y, sin decir nada más, se alejó de ella, pero no mucho, quería observarla cuando estaba relajada, rodeada de sus seres queridos. Era increíble que una chica tan joven le hablase de esa manera. Nunca le había ocurrido nada parecido y, lejos de espantarlo, eso aún le hacía sentir mayor interés. Siempre había conseguido estar con la mujer que se hubiera propuesto, sin esfuerzo. Una frase, un roce, y era suya. Pero Érika tenía carácter, carisma, personalidad... Y eso, sorprendentemente, lo atraía, y mucho. Más de lo que creía.

Sabía que la causa de su comportamiento era aquel traspié en la fuente, con la falta de educación de él y su comportamiento de superestrella. Pero no

podía volver atrás y enmendar el error. Debía hacer que aquel odio e indiferencia que la chica le demostraba, se transformase en aceptación. No pretendía engañarla, le empezaba a caer bien; quería que entendiese que él no buscaba novia. Pero amigas con derecho a roce siempre era bueno tenerlas cerca...

—Esta tarde te he preparado un partidito amistoso —comentó David llegando a la mesa que ocupaba Leo y sentándose a su lado.

—Pues lo vas a tener que cambiar para mañana —susurró él sin mirarlo.

—Pero ¿qué leches te pasa con esa chica? —preguntó su entrenador, molesto, dándose cuenta de que no apartaba la vista de ella.

—No lo sé, pero no puedo dejar de mirarla.

—Pues te quiero aquí y no allí —David señaló irritado la mesa que ocupaban los otros—. En este campeonato te juegas mucho y estamos muy cerca de conseguirlo. Así que no me jodas y pasa de esa chica. Ella no quiere nada contigo, ¡ásúmelo!

—No te preocupes por el campeonato, la semana que viene empiezo a competir y estaré al máximo. Pero ahora... no me la puedo sacar de la cabeza. Quiero hablar con ella y...

—Es la hija de Rafael Acosta, no hagas ninguna gilipollez —le advirtió David serio.

—Ya sé de quién es hija, no hace falta que me lo recuerdes.

—Leo, estás obsesionado con ella porque pasa de ti. Sólo por eso. Y cuando consigas lo que te propones, si es que al final lo logras, que está por ver, te olvidarás de ella como de todos tus ligues.

—David, soy joven, tengo que disfrutar de la vida y de lo que ésta me ofrece. Es posible que tengas razón y que esté interesado en esa chica porque no quiere saber nada de mí... pero debo intentarlo.

Sonrió decidido mientras su entrenador negaba con la cabeza, cortando la carne que se había servido.

* * *

—¿Qué le has hecho al número uno del tenis masculino que no deja de

mirarte? —le susurró Rafa a su hermana.

—¡Calla, que es un plomo de tío! No coge ni las directas, uff... —contestó Érika exasperada.

—Oye, ya que es tan amigo tuyo, podrías hablarle de tu hermano el periodista —comentó él con una sonrisa.

—¿Ahora te tengo que hacer el trabajo?

—Venga, hermanita, no le gustan las entrevistas y me vendría genial hacerle una. Piensa que así ayudas a tu hermano preferido.

—¡Como si tuviera más! —exclamó Érika sonriendo—. Mira, Rafa, me cae mal, es un creído y un prepotente. No tengo ganas ni de saludarle, con eso te lo digo todo.

—Bueno... tenía que intentarlo —murmuró él, encogiéndose de hombros.

—No sirve que me pongas esa carita de pena, ¿eh?

—¿Yo? ¿Carita de pena? —dijo Rafa ofendido, sacando morritos y frunciendo el ceño.

—Tú verás... Yo ya te he dicho lo que pienso —concluyó ella sonriendo.

—Érika, esta tarde tengo un encargo para ti —comentó Rafael, interrumpiendo la charla de sus hijos—. A las siete de la tarde vas a hacer de sparring de otro tenista.

—¿Y eso? Creía que iría a ver el partido de Martín.

—Esta mañana me han preguntado si podrías hacerlo y, viendo que no te necesitaba, he dicho que contaran contigo.

—¿De quién se trata? —preguntó ella tensándose.

—De Leo Silva.

Érika cerró los puños y respiró hondo. Estaba harta de aquel hombre. ¿Es que no se daba cuenta de que no quería nada con él?

3

Leo estaba nervioso, algo muy raro en él. Llevaba unos diez minutos botando la pelota en aquella pista, la más apartada de todas, sin dejar de mirar fuera por si la veía. No sabía si al final Rafael Acosta convencería a su hija para que jugase con él. No necesitaba ese entrenamiento, y menos con ella, aunque intentaría jugar despacio para prolongar la cita y usar aquel rato para poder conocerla un poco más, para intentar demoler la barrera que ella había levantado y así poder tenerla...

Era la primera vez en todos esos años que una mujer se lo ponía difícil. Leo siempre había conseguido a la que había querido, incluso había dejado que algunas lo conquistaran a él. No le resultaba difícil hacerlo. Sabía que era irresistible para las mujeres, que su cuerpo bien esculpido, sus ojos grandes y sus labios carnosos lo hacían atractivo. Pero Érika, aquella joven que aparentaba más edad de la que tenía, no se lo ponía especialmente fácil y, por extraño que pareciese, eso lo ponía, y mucho. Cerró los ojos, imaginándose el tacto de su piel, la suavidad de sus labios, el dulce aroma de su cuello...

—Acabemos con esto cuanto antes —gruñó ella molesta, entrando en la pista de tenis.

—Creía que al final no vendrías —susurró Leo aliviado de verla.

Iba preciosa, con un vestidito deportivo de color lima que hacía que resaltase el precioso tono de su piel. El pelo lo llevaba como siempre que jugaba, recogido en una larga trenza.

—Te puedo asegurar que no estoy aquí por gusto —soltó, dejando su raquetero en un banco situado en un lateral.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —quiso saber él, acercándose.

—Primero, porque mi padre me lo ha impuesto y segundo porque tú vas a aceptar que mi hermano te haga una entrevista —declaró con seriedad.

—A mí los periodistas cuanto más lejos mejor... —bufó Leo con cara de fastidio.

—Si no aceptas que mi hermano te entreviste, me iré por donde he venido —lo amenazó, mirándolo fijamente a los ojos y agarrando las asas de su raquetero para poder marcharse si decía que no aceptaba el acuerdo.

—Haré la entrevista si consigues ganarme al tenis. Si gano yo, comeremos juntos mañana los dos solos. ¿Trato hecho? —preguntó, tendiéndole la mano para cerrar el acuerdo.

—No intentes engañarme, tendrás que cumplir tu palabra... —susurró Érika con seriedad.

—La cumpliré y quiero que tú también cumplas la tuya. No intentes cambiar de parecer.

—Yo soy una mujer de palabra. ¡Trato hecho! —Le estrechó la mano esbozando una sonrisa—. No sabes con quién te la estás jugando, amigo —añadió con seguridad.

—No sabía que fueras tan chulita —comentó él, sorprendido de su confianza.

—No tanto como tú —replicó Érika, sacando de su raquetero su mejor raqueta.

Se fue hacia un lado de la pista azul y Leo se quedó en el otro, y comenzaron a calentar peloteando un rato, pasando la bola de un lado al otro, practicando diferentes golpes para poder empezar a jugar sin peligro de lesionarse.

—¿Desde cuándo juegas al tenis? —le preguntó él desde el otro extremo de la pista, mientras le devolvía la pelota.

—Desde los cuatro años. Es lo que tiene ser hija de un entrenador —contestó ella, devolviéndole la bola.

—¿Tu hermano no juega?

—Jugaba, pero se lesionó y ya no puede practicar este deporte...

—Tu padre se llevaría una desilusión, dos hijos y ninguno de los dos han

seguido sus pasos... —dijo Leo, esperando para golpear la pelota.

—¡Para de hablar y comencemos! —exclamó Érika molesta; ella no había ido allí a charlar con él, sino a jugar.

—¡Qué impaciente! Me gusta —comentó él con una sonrisa—. Saca tú.

—¿Me quieres dar ventaja? —preguntó con una sonrisa.

—Por supuesto, soy un caballero y las mujeres primero...

—Voy a hacer que te arrepientas, señor número uno —murmuró Érika, poniéndose bien los tirantes del vestido.

Se colocó en la línea de saque, se ajustó bien el pantalón de debajo del vestido, botó dos veces la pelota sobre el asfalto azul, elevó la bola sobre su cabeza, formando con su cuerpo una figura semejante al arquero, y al llegar la pelota a la altura deseada, le dio con todas sus fuerzas, haciendo que volase hasta impactar justo sobre la línea blanca, sin darle opción a Leo de llegar a ella. Le acababa de hacer un *ace* al número uno del tenis.

Leo la miró y vio cómo sonreía satisfecha. Estaba claro que la había infravalorado, no se esperaba aquel saque tan potente y preciso por su parte. Pero un saque directo lo podía hacer cualquiera. Esperó a que sacara de nuevo y en esa ocasión la pelota voló otra vez hacia la línea blanca, sin darle tiempo a nada más que mirar su trayectoria al botar y salir disparada hacia la valla metálica. Se quedó mirándola. Estaba totalmente concentrada y le acababa de hacer dos *ace* como si nada. Pensó que debía de ser la suerte del principiante y se preparó para recibir el siguiente saque.

Érika volvió a hacerlo, repitiendo la misma acción, iban 30 a 0 a su favor. Respiró hondo para tranquilizarse y miró a su contrincante, debía volver a hacerle un saque directo y así ganar el primer juego, tenía que desquiciarlo e intentar que fallase. Sacó y de nuevo le hizo otro *ace*. Se dio la vuelta para reírse, sabía que era muy buena sacando. Había practicado durante muchísimos años con su padre y se notaba su seguridad al hacerlo.

—¿No sabes hacer otra cosa que saques directos? —le preguntó Leo molesto, viendo que llevaba tres de tres. Sólo quedaba uno para que le ganara el primer juego.

—Claro que sé, ya lo verás cuando te toque a ti jugar. Pero quiero asegurarme la victoria. Primero para que mi hermano te entreviste y segundo

porque no quiero comer contigo —dijo, mientras botaba la pelota.

—Tengo que confesar que me había propuesto ser indulgente, pero visto lo visto, voy a ir a ganar, princesa.

—¡No me llames princesa! —exclamó ella con rabia, sacando su cuarta pelota, que impactó también con la línea, dejando a un asombrado Leo mirando la trayectoria de la misma. Érika acababa de ganar su primer juego y él no había podido hacer nada por evitarlo.

—No, eres la reina de los *aces* —susurró, negando con la cabeza, impotente, porque no había podido devolverle ninguna de las bolas que ella había lanzado.

—Vamos a ver lo que sabes hacer, número uno del tenis —contestó Érika con sarcasmo, cambiándose de lado de la pista y preparándose para recibir el primer saque del segundo juego del primer set.

Leo la observó, estaba concentrada, agarrando bien la raqueta, con las piernas tensas para poder llegar a donde le lanzara la pelota. Sonrió satisfecho. Era buena para ser mujer, pero él era mejor. Lanzó la bola al aire y, con gracia, le dio con la raqueta enviándola a la línea. Érika se lanzó por ella, pero no llegó... Se volvió para mirarlo, Leo estaba sonriendo.

—No eres la única que sabe hacerlo —dijo complacido.

—Cierra la boca y saca. Cuando antes terminemos, mejor —contestó molesta.

Sabía que iba a ser un partido muy difícil. Ella estaba acostumbrada a jugar con tenistas que empezaban su carrera profesional y el hombre que tenía delante llevaba ya unos cuantos años en el Top 10 de los mejores tenistas del mundo.

Leo se preparó para sacar, Érika le devolvió el saque haciéndolo correr hasta el otro extremo del rectángulo, él le devolvió la pelota elevándola hacia el cielo como si fuese un globo. Érika miró cómo bajaba, preparándose para darle con potencia e intentar meterla para así romperle el saque. Cuando la tuvo a su altura, levantó la raqueta y golpeó la bola de arriba abajo, haciendo un *smash* tratando de que fuera hacia el otro lado de la pista y así dificultar las posibilidades de que él se la devolviera.

Leo vio sus intenciones y llegó hasta donde iba a caer la pelota. Preparó su

raqueta y, sin perderse detalle de la dirección de aquella bola rápida, golpeó de revés y el proyectil voló hasta la línea blanca del lado de Érika, haciéndole ganar aquel punto tan reñido.

Estaba asombrado por la perseverancia de aquella chica, que intentaba ganar todos los puntos como si le fuera la vida en ello. Nunca había conocido a nadie igual, luchadora incluso con él. Sabía por experiencia que resultaba intimidante. Muchos de sus contrincantes se crecían en el primer set, pero cuando Leo lo ganaba sin dificultad, eran como globos que perdían el aire, desinflándose hasta el final y haciendo que el partido fuera aburrido, como si jugase con un niño. Pero ella no era así, le daba igual perder oportunidades fantásticas de ganar, perder su juego e incluso perder un set. Iba a luchar hasta el final, costara lo que costase. Leo debía asumirlo, estaba jugando un partido muy interesante. Creía que iba a ser más tedioso, que tendría que medir sus fuerzas y su experiencia, porque ella sólo era un sparring, pero se equivocaba. En cada punto, en cada juego, lo sorprendía con jugadas que se sacaba de la manga, consiguiendo puntos envidiables y con fuerzas suficientes para ganar a quien fuera.

Después de casi dos horas jugando, dejándose la piel en cada volea, en cada revés y en cada saque, llegó el final de aquel partido amistoso. El resultado fue 7-5 6-4 y la victoria fue para Leo.

—Eres muy buena, Érika, aún no entiendo cómo tu padre no te ha obligado a competir —comentó él, acercándose.

Ella se había ido hacia donde estaba su raquetero para beber agua.

—No he sido lo bastante buena... —replicó molesta, dejando la botella de agua en el interior del raquetero rosa y negro.

—Si te sirve de algo, me lo has puesto muy difícil y me ha tocado esforzarme al máximo. —Sonrió.

—No, Leo, no me sirve de nada que me digas eso.

—Mujer, soy el número uno... ¿De verdad pensabas que podrías ganarme? —preguntó él, negando con la cabeza y sonriendo incrédulo.

—Por supuesto que sí. Si no lo hubiese creído, no habría venido —dijo, apretando los dientes y mirándolo desafiante.

—Estás muy segura para ser tan joven...

—Mira, Leo, no me vengas con halagos ni tonterías. Soy una mujer de palabra y cumpliré lo que he dicho pero te aseguro que no iré a la cita con gusto —comentó tajante, mientras se colgaba el raquetero del hombro derecho.

—Mañana a las doce del mediodía te espero donde nos conocimos. Ven y aceptaré hacer la entrevista.

—¿Y eso por qué? Has ganado tú, no tienes por qué hacerla.

—Digamos que es un regalo que te hago por ayudarme a entrenar hoy. Me ha servido mucho practicar contigo —dijo, tocándose la nuca con un gesto despreocupado.

Érika se quedó quieta mirándolo, asegurándose de que lo que acababa de decir era verdad y no una estrategia a saber con qué propósito.

—Hasta mañana —se despidió con seriedad, dejándolo solo en aquella pista de tenis.

Cuando llegó a su habitación, dejó el raquetero en el suelo al lado de la cama. Se sentía cansada, parecía que tuviera las piernas cargadas de plomo y los brazos se le resentían de la tensión y la fuerza que había usado. Sabía que había jugado bien, pero él lo había hecho mejor; estaba claro que había sido una completa tontería pensar que podía ganarle al número uno del tenis mundial. Pero era una posibilidad y Érika se agarró a ella con uñas y dientes.

Se metió en la ducha y estuvo más tiempo del necesario debajo del agua tibia que hacía que los músculos se le relajaran; ese día había abusado demasiado del deporte y su cuerpo se quejaba. Lo peor de todo aquello era tener que cumplir la estúpida imposición e ir a una cita con aquel tenista egocéntrico, pero por lo menos su hermano sacaría algo bueno de ello. Al final Rafa tendría la entrevista soñada y eso le serviría para su carrera profesional, para darle mayor prestigio y subir en el escalafón. En cambio, ella no había sacado nada de todo eso. Para ser sincera consigo misma, sí había sacado algo: cansancio, frustración y una cita con un hombre que le caía mal.

Se puso un albornoz blanco y se enrolló una toalla en la cabeza, luego salió del cuarto de baño y se tumbó en la confortable cama, donde se quedó mirando el techo sin comprender cómo había llegado a ese punto. Aquel hombre no había dejado de perseguirla para no sabía qué, incluso había montado aquel partido a sus espaldas, hablando con su padre, para que ella no

tuviese la oportunidad de negarse. No entendía aquella fijación. Desde el primer momento en que se encontraron, cuando él la tiró a la fuente y no hizo ademán de disculparse ni de ayudarla, a ella le cayó mal. Pensando en todo eso, poco a poco, sin darse cuenta, Érika se quedó dormida con la toalla en la cabeza y el albornoz húmedo sobre su dolorido cuerpo. Con la sensación agridulce de haber estado a punto de ganar en varias ocasiones al presumido de Leo Silva.

4

Oyó que golpeaban con los nudillos en la puerta de su dormitorio, pero su cuerpo no respondía, estaba exhausta.

—¿Estás bien? —preguntó su hermano, asomándose por la rendija de la puerta.

—Sí —susurró ella con esfuerzo, sin poder abrir los ojos.

—Anoche no bajaste a cenar, creímos que te habías quedado a cenar con Leo... pero al verlo en el restaurante nos dimos cuenta de que no... —explicó Rafa entrando en la habitación y sentándose en la cama.

—Estaba cansada y me quedé dormida.

—Ya lo veo... ¡Menudos pelos! Pareces una leona —bromeó, mirando la melena, que se le había soltado de la toalla y estaba esparcida por la almohada.

—Me duché y no me apetecía ni secarme el pelo —musitó con indiferencia.

—¿Qué tal te fue con el famoso tenista?

—Puf... Pudo haber sido mejor. Pero por lo menos te he conseguido una entrevista con él.

—¿En serio? —preguntó Rafa con alegría.

—Si no me ha engañado, sí...

—¡Eres maravillosa! No sé qué haría sin ti —comentó él, dándole un tierno beso en la mejilla.

—No seas pelota, Rafa —susurró con una sonrisa—. ¿Cómo ha quedado Martín?

—Ha ganado.

—¡Qué bien! —exclamó contenta.

—Oye, ¿y cuándo le haré la entrevista?

—Espero que me lo diga luego, tengo que ir a comer hoy con él. —Bufó asqueada sólo de pensar en aquella cita.

—Parece que vayas al matadero —bromeó su hermano al verle la cara de fastidio.

—Preferiría ir al matadero que a esa estúpida cita —replicó ella, mirándolo con seriedad.

—Estás tonta, cualquier mujer daría lo que fuera por quedar con Leo Silva. Lo único que te sugiero es que tengas cuidado, ese hombre es un picaflor...

—Lo sé —musitó Érika, haciendo una mueca de disgusto.

—Intenta disfrutar y consígueme esa entrevista, hermanita —dijo Rafa, levantándose de la cama—. Y baja a desayunar, bella durmiente. Papá nos está esperando.

—Ya voy —susurró ella, mientras Rafa salía de la habitación dejándola de nuevo sola.

Se levantó como pudo, sintiéndose agotada, y se fue hacia el cuarto de baño para asearse. Cuando empezó a desenredarse el pelo, se dio cuenta que no tenía arreglo, era una maraña sin forma que ni una trenza conseguiría domar. Le tocó lavárselo de nuevo, pero esta vez se lo peinó y dejó que se le secara al aire. Se puso un vestido vaquero y bajó hacia el restaurante.

Cuando entró, echó un vistazo para ver si su padre y su hermano seguían allí, pero no los vio, seguramente se habían cansado de esperarla y se habían ido a entrenar con Martín. Se acercó donde estaba la comida y cogió un par de tostadas con mantequilla y mermelada y un café con leche y luego se sentó a una de las mesas situadas cerca de un rincón, al lado de un gran ventanal. Mientras daba pequeños mordiscos a la deliciosa tostada, miró a la gente que desayunaba en la sala, esperando y anhelando no ver aparecer a Leo. Ya tenía bastante con tener que quedar con él a la hora de comer.

—Hola, ¿puedo sentarme? —le preguntó una chica de unos treinta años, señalando la silla de enfrente de Érika.

—Claro —contestó ella extrañada, en el salón había muchas mesas libres.

—Me llamo Katy Smith, soy periodista de la revista Todo Corazón —le informó la mujer en voz baja.

Érika la observó: era de mediana estatura, llevaba ropa deportiva, el cabello suelto, de rizos rubios perfectamente definidos, y sus ojos azules la miraban con atención.

—Encantada, yo soy Érika —dijo, sin entender qué hacía aquella mujer en aquel torneo y hablando con ella.

—Ya lo sabía. —Sonrió, mostrando una dentadura bien cuidada—. Sé que eres el nuevo ligue de Leo Silva —añadió, colocando los codos y el torso por encima de la mesa para acercarse más.

—Se equivoca, yo no soy nada de ese hombre.

—Claro... —Le guiñó un ojo—. Eso dicen todas, pero ten. —Le ofreció una tarjeta rosa, que Érika cogió recelosa—. Si te interesa hablar o darnos alguna foto... Bueno, estamos abiertos a negociar si tienes buen material que ofrecernos... Nos interesa mucho Leo Silva.

—Lo siento, pero como te he dicho antes, no tengo ningún tipo de relación con esa persona.

—Sí, claro. Lo que sí te pido es que no le comentes a nadie que estoy aquí, ya sabes, la prensa rosa no es bien recibida en muchos sitios —le pidió con amabilidad.

—Normal —susurró ella sin entender nada.

—Bueno, Érika, ha sido un placer hablar contigo y espero que me llames pronto; podemos ofrecerte mucho dinero —dijo, levantándose de la silla.

Érika la observó mientras se marchaba; por lo visto aquel hombre también llamaba la atención de la prensa del corazón. Se terminó el desayuno y fue en busca de su familia. Lo que no entendía era por qué aquella mujer la señalaba a ella como posible ligue de aquel ególatra. Supuso que alguien los habría visto jugar el día anterior y se habría inventado una posible relación, al no ser normal que Leo Silva jugara con una mujer al tenis...

Se quedó sentada en un banco, mirando entrenar a Martín; aquella tarde le tocaba volver a jugar y Rafael Acosta intentaba que mejorase el saque haciendo que lo practicara una y otra vez. Envidiaba al chico, que sabía

perfectamente qué quería hacer, en cambio ella iba de acá para allá, siguiendo y viviendo el sueño de su padre.

—Uf... —resopló, mirando la hora en su reloj de pulsera—. Hoy no como con vosotros, tengo que comer con Leo —informó a su padre.

—¿Y eso? —preguntó él extrañado.

—Una apuesta que perdí —contestó, encogiéndose de hombros.

—Ten cuidado, cariño, no hablan muy bien de él.

—¿Ahora me dices eso? Pero sí te pareció bien hacerme jugar ayer con él, ¿no? —soltó, molesta por el cambio de opinión de su padre.

—Me dijo que quería entrenar contigo, que había visto en ti un sparring fuerte, y no podía decirle que no...

—Pues podrías habérselo dicho... —bufó asqueada de la situación—. Luego nos vemos.

—Sé sensata, Érika.

—Siempre lo soy —contestó ella alejándose.

Se fue directamente al Unisphere. El sol era abrasador y la humedad se le pegaba en la piel. Aún llevaba el pelo suelto, formando grandes ondas que le caían con gracia por la espalda, pero mientras caminaba comenzó a trenzárselo; llevándolo suelto sentía como si tuviese una cálida manta sobre los hombros que la asfixiaba por momentos. Al terminar, se lo ató con una goma que llevaba alrededor de la muñeca.

—Creía que te ibas a echar atrás —comentó Leo cuando se encontraron.

—Te dije que soy una mujer de palabra... —contestó Érika, observando que él parecía que acabara de salir de la ducha, con el pelo todavía húmedo.

Llevaba unos pantalones cortos caquis y una camiseta blanca sin mangas que dejaba al descubierto unos fuertes y musculosos brazos.

—Pues vámonos —dijo Leo, mientras echaba a andar comprobando que su acompañante lo seguía.

Érika fue tras él en silencio, mientras iban adentrándose en el precioso parque. Se fijó en que llevaba una mochila colgada del hombro que parecía que pesase bastante. Leo caminaba con paso seguro y ella se distraía mirando los diversos monumentos situados en distintas partes de aquel lugar. Cuando llegaron cerca del lago, él dejó la bolsa sobre el césped, a la sombra de un

árbol, sacó de ella una manta de cuadros roja y la colocó sobre la hierba fresca.

—Espero haber acertado con el sitio elegido —comentó con una sonrisa, señalando con la mano el precioso paisaje que tenían delante.

—No hacía falta que te tomaras tantas molestias. Te recuerdo que no estoy aquí por gusto... —replicó ella, sentándose sobre la manta y contemplando el leve movimiento del agua.

—Quiero que cambies la idea que tienes de mí, por tanto, sí es necesario todo este despliegue. —Se sentó a su lado y colocó diversos platos envueltos en film transparente.

—Conmigo pierdes el tiempo, Leo...

—Yo no lo veo como una pérdida de tiempo, sino como una inversión a corto plazo —contestó él, sacando también unos vasos y abriendo una botella de vino espumoso fresco.

—Estás muy seguro de ti mismo... —soltó Érika con seriedad.

—Sé que lo que me propongo lo consigo. —Le ofreció una copa de vino.

—¡Allá tú! La caída será más dura... —susurró ella, bebiendo un poco de aquel vino fresco y dulce.

—¿Cuál es tu próximo destino al finalizar el Open USA? —preguntó Leo, destapando varios platos con diferentes tipos de comida: verduras, carnes...

—Ni idea, sé que mi padre y Martín van a ir al Open de China, pero yo no sé si iré con ellos... —respondió, incómoda al revelar sus intenciones.

—¿Dónde estarás entonces? —dijo él, levantando una ceja.

—No lo sé, siempre he estado haciendo esto: acompañar a mi padre de torneo en torneo, haciendo de sparring y nada más. Ahora me gustaría empezar de cero... —declaró, bebiendo un buen trago de vino.

—¿En qué?

—¿Y a ti qué más te da?

—Me importa, quiero saber más de ti.

—Y yo quiero que te quede clara una cosa: estamos aquí porque tú me has obligado, yo no quería venir, pero te di mi palabra y aquí me tienes. Sin embargo, eres como un grano en el culo, pesado y molesto, parece que no te des cuenta de que no me caes bien. Me pareces prepotente y egocéntrico. Sólo

piensas en tu propio beneficio, sin importarte nada más que tu bienestar. Ahora, no sé por qué razón, te has obsesionado conmigo. Mira a tu alrededor, hay cientos de mujeres que darían lo que fuese por estar en mi lugar. No seas tan vanidoso y acepta que no puedes gustarles a todas.

—¿A qué se debe esta animadversión? —preguntó, molesto por lo que acababa de escuchar.

—Me empujaste a la fuente y aún estoy esperando tus disculpas —replicó indignada—. Además, te comportas siempre de una manera muy chulesca...

—Lo de la fuente fue un accidente y no pido disculpas porque nunca he tenido que hacerlo... Pero veo que para ti es importante y me gustaría que me perdonaras.

—Ahora ya no me sirve de nada... Dime lo que tengas que decirme, comamos y cumple luego tú también tu palabra —dijo incómoda.

—Me gustaría que por una vez te relajaras estando conmigo.

—¿Para qué? ¿Crees que no sé la finalidad que tiene esta cita?

—¿Qué finalidad tiene, Érika? —preguntó Leo apretando la mandíbula, no esperaba aquella reacción tan fría por parte de ella.

—No te hagas el comedido conmigo, sé de lo que vas. Sé que cuando te interesa una chica haces todo lo posible para llevártela a la cama y, cuando lo consigues, ya no vuelves a quedar con ella —explicó, cogiendo un trozo de pan tostado untado con tomate.

—Me gusta el sexo, creo que eso no es nada malo. Peor es que te guste y reprimas tus deseos —contestó, metiéndose en la boca un panecillo de queso con jamón york.

—Acepto que te guste el sexo, lo que no veo bien es que engañes a las mujeres para conseguirlo.

—¿Crees que las engaño? A veces son ellas las que me engañan a mí —susurró, negando con la cabeza mientras sonreía.

—No sé yo... —bufó Érika mirándolo con desconfianza.

—Muchas se acercan a mí para utilizar mi nombre y lucrarse —explicó, bebiendo un poco de vino.

—Pero aun así tú te acuestas con ellas —insistió, bebiendo de su copa.

—Claro, no soy tonto. ¡Es sexo sin compromiso! Es lo que quieren, para

luego poder hablar de ello en las revistas o por los platós de televisión.

—No te entiendo... Sabes que luego hablarán de ti y que cobrarán por contar que se han acostado contigo y aun así lo haces...

—Sí, supongo que lo puedo resumir diciéndote que soy un hombre y que no soy de piedra. Si me viene una mujer despampanante pidiéndome a gritos que la folle... Bueno, no voy a hacerle el feo. —Sonrió con soberbia.

—Pero yo no te lo estoy gritando y, en cambio, aquí estamos... —expuso, señalando aquel precioso lugar.

—Esto es nuevo para mí... Nunca me había pasado fijarme en una chica y que ella no quisiera nada de mí —dijo, clavándole la mirada.

—Te aconsejo que dejes correr el tema y que te fijes en otra que te esté gritando que quiere acostarse contigo... Es lo mejor para ambos —replicó, cogiendo otro trocito de pan con verduras fritas encima.

—¿Y si me he cansado de las mujeres que gritan y prefiero averiguar qué se siente consiguiendo a la chica callada? —preguntó, acercándose un poco más a ella.

—Puf... —resopló Érika, poniendo los ojos en blanco—. Leo, olvídalo. No merezco la pena. Soy una chica de veintidós años que no sabe hacer otra cosa que acompañar a su padre a los torneos. No sé qué voy a hacer en el futuro y, aunque esté deseando cambiar mi vida, no me atrevo a mover ni un dedo para conseguirlo. Seguro que hay miles de jóvenes más interesantes y más dispuestas que yo.

—Érika, aunque te parezca extraño, me gustas tú —musitó él, rozándole sutilmente el dorso de la mano con la yema de los dedos.

—Sé sincero conmigo, Leo. ¿A cuántas has traído a este sitio?

—¿Eso a qué viene ahora? —preguntó confuso, sin dejar de acariciar la suave piel de Érika.

—Respóndeme.

—Sólo a ti.

—¡No te creo! —lo acusó y Leo la miró sorprendido.

—Vale, rectifico, he traído a unas cuantas.

—¿Y todas han picado el anzuelo?

—Sí, este lugar es infalible... —contestó con una media sonrisa.

—Ya, lo suponía... —resopló, torciendo el gesto con disgusto—. La comida estaba deliciosa. Yo ya he cumplido mi parte del trato, Leo, espero que tú cumplas la tuya.

—¿Te vas? —preguntó, al ver que se levantaba.

—Sí, ya he comido y tú también, he cumplido mi parte.

—Puedes quedarte un poco más, no hace falta que te vayas ya. Además, no he sacado el postre —añadió, poniéndose de pie muy cerca de ella.

—No me apetece tomar nada más; de golpe se me ha cerrado el estómago —respondió, retrocediendo un paso para alejarse un poco de él.

—Érika, por favor quédate un poco más... —Le rozó con delicadeza el brazo.

—Leo, no me toques, no quiero nada de ti.

—Joder, sé que te gustaría y sé que yo me volvería loco si te tuviera entre mis brazos... —murmuró, acercando su cara a la de ella.

—Ni te atrevas —sentenció Érika con dureza.

—Un beso... sólo uno. Sé que lo disfrutarás y te hará ver que te gusto —musitó, acercando los labios a los suyos.

—Como te atrevas a besarme, te daré una patada en los huevos —soltó furiosa, retrocediendo y chocando con el árbol. Estaba atrapada.

Él colocó las manos en el tronco y se acercó a ella cada vez más.

—No seas cría... Estoy deseando ver a qué saben tus preciosos y sensuales labios.

—Leo, yo no soy como las otras mujeres. Te daré una patada, te lo advierto —farfulló, apretando los dientes de la rabia que sentía por encontrarse en aquella situación.

—Sé que lo harás, pero habrá merecido la pena —contestó, rozándole los labios con los suyos.

Érika apretaba la boca, intentando que no entrara en ella, pero Leo la agarró por la nuca y la besó, tratando de absorber aquel delicioso sabor, anhelando que se dejara llevar por la pasión que él sentía.

Érika cerró los ojos y, armándose de valor, levantó la rodilla derecha con todas sus fuerzas y le dio en su zona más delicada. Al notar el terrible dolor, él se encorvó y así ella logró alejarse del árbol y de Leo Silva.

—¡Érika, no te vayas! Espera —intentó decir él, pero casi no le salían las palabras, lo había dejado sin respiración.

Érika corrió en dirección al complejo deportivo.

5

—Érika, ¿qué te pasa? —le preguntó su hermano, al encontrársela por el pasillo del hotel.

—Nada —contestó enfadada.

—Pues para no pasarte nada, vienes con una cara de pocos amigos que asustaría al mismísimo conde Drácula.

—Mira, Rafa, ahora no estoy para bromas. Estaré en mi habitación —añadió, sin detener su marcha.

—Creo que papá te estaba buscando.

—Pues le dices donde estoy —soltó, molesta porque no le dejaban ni un segundo de soledad.

Llegó a su habitación y cerró de un portazo; estaba cabreada, y mucho. Primero con Leo, por osar besarla, y segundo con ella misma, por no haberle roto la cabeza allí mismo. Se tiró sobre la cama, blasfemando e intentando sacar todo aquella rabia e impotencia que sentía. Tendría que haberse inventado algo para no acudir a la cita, para no darle pie a que pudiese intentar nada con ella. Se lo había dicho varias veces y parecía que estuviese sordo. ¿Qué podía hacer para que la olvidase? ¿Darle lo que quería? A lo mejor si se acostaba con Leo Silva, éste la dejaría en paz de una vez. Pero ¿podría hacer el amor con alguien a quien aborrecía? Lo dudaba. El simple hecho de tenerlo cerca la desquiciaba. Cuando notó sus labios pegajosos sobre los suyos, le subió por el cuerpo un repelús desagradable.

Sí, era guapo, sí, tenía un cuerpo perfecto, sí, era atractivo... pero eso no era suficiente para Érika. Ella necesitaba algo más que el físico, que con el

tiempo se deteriora y entonces sólo queda el interior; y el interior de Leo Silva no era lo que buscaba.

Érika no tenía mucha experiencia en cuanto a hombres, ésta se resumía sólo en un encuentro fugaz con un sparring. Lo conoció en el torneo de Mónaco, empezaron a hablar, a reírse y una cosa llevó a la otra, hasta que se medio liaron. Pero la cosa no pasó de unos cuantos besos y algún que otro tocamiento por debajo de la ropa. Sí, era absurdo negarlo, aún no sabía lo que era sentirse amada de verdad por un hombre. Su atípica vida hacía bastante difícil encontrar al chico adecuado para ello, porque nunca se quedaba más de tres semanas seguidas en un sitio y siempre tenía a su padre cerca. Lo único que había conseguido con esa vida era no tener amigas y sentirse cada día más sola. Aquél iba a ser el último torneo al que asistiría. Estaba harta del tenis y así se aseguraría de no volver a ver al insolente Leo Silva.

—¿Puedo entrar? —preguntaron tras golpear tímidamente la puerta de su habitación.

—Sí... —Érika suspiró viendo que su padre entraba en el cuarto.

—¿No vas a venir a ver a jugar a Martín?

—No me encuentro muy bien... —contestó, mientras él se sentaba a su lado.

—¿Qué te ocurre? ¿Ha pasado algo con Leo?

—No, me parece que me ha sentado mal la comida. —Intentó sonreír para que él no se angustiara.

—Como se haya propasado contigo... lo cojo y... —farfulló serio.

—No te preocupes, no ha pasado nada. Hemos comido a la orilla del lago y ya está. —Hizo una pequeña pausa para encontrar el valor necesario—. Papá, me gustaría comentarte una cosa... —empezó, rumiando la mejor manera de decírselo.

—Dime, cariño.

—Me he cansado de todo esto... Necesito hacer mi vida alejada del mundo del tenis.

—Pero... ¿por qué? —preguntó, asombrado por aquella decisión.

—Porque quiero saber si soy capaz de hacer algo diferente a esto. ¿No te das cuenta? Ya no soy una niña y aun así viajo a todos lados contigo, sin

trabajar ni estudiar, sólo jugando al tenis con tus alumnos.

—Érika, piensa que es tu trabajo, algo que se te da muy bien hacer. Para mí eres una pieza muy importante para su entreno.

—Puedes tener a trescientos mil sparrings sin problema —contestó ella, viendo la cara de preocupación de su padre.

—Pero ninguno será tan bueno como tú.

—Eso lo dices porque soy tu hija, pero seguro que encuentras a mejores que yo y que lo hagan con más ilusión. Esto no es lo mío, papá.

—¿Y qué es lo tuyo, Érika?

—No lo sé, pero lo que tengo claro es que no lo sabré si no hago algo para encontrarlo.

—No estoy de acuerdo con tu decisión, hija mía. Necesitas estar con tu familia y no irte a saber dónde, sin nadie a tu lado.

—Papá, necesito saber lo que quiero hacer con mi vida. Esto es la tuya, pero no es lo que yo he elegido. Sé que me has llevado siempre a tu lado porque no querías dejarme a cargo de nadie... pero ahora soy mayor y debes confiar en que podré crearme un futuro yo sola.

—A ver, explícame, ¿qué quieres hacer?

—Sé lo que no quiero hacer y es esto. Necesito apartarme de este mundo deportivo y ver otros horizontes para conseguir aclararme.

—Este mundo deportivo, como dices, es el que te da de comer y el que hace que puedas vestir ropas caras. La vida no es tan fácil como crees, debes luchar mucho para labrarte un futuro. Este deporte te da dinero para poder vivir bien, es absurdo que abandones todo eso por una fantasía...

—Pero el dinero te lo da a ti, no a mí. Yo sólo soy la hija del entrenador, que hace de sparring.

—¿Necesitas un contrato para quedarte más tranquila? Porque si es eso, enseguida te lo hago.

—No, papá, no lo entiendes —contestó exasperada al ver que no llegaban a entenderse—. Rafa es feliz trabajando de periodista, tú eres feliz trabajando de entrenador y Martín es feliz siendo jugador profesional de tenis. Pero yo no soy feliz siendo la hija de Rafael Acosta, la hermana de Rafa Acosta ni la amiga de Martín Cruz. Quiero ser feliz siendo yo, por mí misma, con mis

logros y mis fracasos.

—No quiero que te apartes de mi lado, hija... Me moriría sólo de pensar que no puedo verte todos los días y... —farfulló con dolor.

—Papá, déjame ser adulta. Ya no soy tu querida niña... —susurró ella cogiéndole la mano. Él la miró.

—No pienso ayudarte en esto, Érika. Quieres ser adulta y crearte un futuro alejado de todo esto y de nosotros, pues bien, lo harás sola, sin ayuda de ningún tipo. Quiero que te des cuenta de lo difícil que es y que vuelvas otra vez a nuestro lado, con tu familia que te quiere —murmuró, apartando la mano de la de su hija.

—No hagas esto más difícil de lo que es... Sé que la muerte de mamá te marcó, pero...

—¡Tú no sabes nada! —exclamó furioso, levantándose de un salto de la cama—. Quieres vivir tu vida, pues vívela. Pero no voy a aplaudir tu decisión de abandonarnos por no se sabe qué. ¿Cuándo quieres empezar tu aventura en solitario?

—Cuando acabe este torneo.

—Me voy a ver el partido de Martín. Si gana, quiero que mañana entrenes con él —soltó enfadado.

—De acuerdo.

Lo observó abrir la puerta y marcharse dando un portazo furioso, dejándola sola en su habitación.

Se tapó la cabeza con la almohada y, sin poder reprimirlas, varias lágrimas descontroladas surcaron su rostro. Desde que su madre murió, su padre había estado pendiente de ellos dos, había intentado encontrar el equilibrio perfecto entre su trabajo y su familia, y creía que lo había logrado. Érika sabía que temía quedarse solo, que su hermano y ella volaran lejos y no se acordaran de él, pero eso no pasaría. Quería a su padre con locura y adoraba a su hermano, pero no podía consentir quedarse así para siempre, sentirse vacía todos los días de su vida por no hacerle daño a su padre, por no hacerlo sufrir.

Sabía que era una actitud egoísta por su parte, él lo había dado todo por ellos y ella no se lo estaba agradeciendo en ese momento. Había visto la

mirada que le había echado y sabía que le había hecho daño. En un futuro no muy lejano, esperaba poder compensarlo por el dolor que le causaba la decisión que ella había tomado. Ahora tenía por delante una labor muy importante. Primero debía averiguar qué hacer con su vida, qué camino iba a seguir, y segundo, debía hacerlo sin ningún tipo de ayuda. No tenía muchos ahorros para independizarse, tal vez pudiera vivir en la casa familiar, que tenían cerrada desde hacía muchos años, pero la sola idea de vivir allí la estremecía; demasiados recuerdos que había intentado olvidar...

Tenía que pensar algo para conseguir dinero y poder subsistir una temporada sola hasta averiguar qué camino tomar.

Aquella tarde no salió del cuarto, ni siquiera para cenar. Seguía pensando en sus posibilidades. No podía contar con familiares ni amigos, porque no los tenía. La única opción era su hermano, pero dudaba que Rafa la ayudara; hacerlo sería una ofensa para su padre y él nunca haría nada que lo molestara. Entonces, ¿qué podría hacer para conseguir dinero hasta que encontrase un trabajo apto para ella?

Por la mañana, después de desayunar sola en el restaurante, se fue hacia las pistas de tenis. Se sentía abatida por la discusión con su padre de la tarde anterior, pero ya no había vuelta atrás. Los días que aún estuviera en aquel complejo deportivo, intentaría ayudarlos en todo lo posible a él y a Martín, además de seguir pensando qué podía hacer para vivir sin el dinero que le proporcionaba su padre.

Mientras recorría el camino que separaba las pistas, se cruzó con su hermano.

—Hoy marcará un antes y un después en mi carrera, y todo gracias a ti — le dijo él, abrazándola con efusividad.

—¿Yo? —preguntó asombrada.

—Acabo de hacer la entrevista que ansían todos los periodistas del mundo y estoy que aún no me lo creo —comentó Rafa, sin dejar de sonreír.

—Me alegro de que Leo Silva haya cumplido su palabra —murmuró con una leve sonrisa.

—Uf... Me ha sorprendido un montón hablar con él. En la cercanía es un hombre muy simpático y humilde...

—Perdona, Rafa, ¿estamos hablando de la misma persona? ¿Leo Silva humilde? —preguntó, asombrada por aquellos calificativos tan alejados de lo que ella había vivido.

—A mí también me ha extrañado, pero es un tío supermajo, ha sido muy amable conmigo en todo momento y me ha dejado hacerle multitud de preguntas.

—Me parece raro oírte hablar así de él... Quizá con otras personas es distinto, pero conmigo siempre se ha portado como un prepotente y un creído.

—Tal vez me equivoque, pero creo que eso es una fachada. Hace un rato, conmigo ha estado muy cercano...

—A lo mejor es que le has gustado —soltó Érika, aguantándose la risa por la reacción de su hermano.

—¡Qué tonta eres! —exclamó él, riendo al darse cuenta de que le tomaba el pelo.

—Ahora te ríes, pero tenías que haber visto la cara de preocupación que has puesto —dijo también entre risas.

—Te dejo, que voy a repasar la entrevista y a enviársela a la revista.

—¡Nos vemos!

Entró en la pista en la que estaba su padre, que casi ni la miró a la cara. Érika se colocó en su parte del rectángulo y empezó a entrenar con Martín. Esperaba que llegara a la fase final y que pudiera jugar contra los grandes.

Después de un entrenamiento intensivo, se fue a su habitación a ducharse y luego bajó a comer al restaurante. Al entrar vio que Leo estaba sentado con su entrenador. Sus miradas se cruzaron un instante, pero Érika enseguida giró la cabeza y fue directa a coger una bandeja para servirse algo de comida. Luego se acercó con su bandeja bien llena a la mesa que ocupaba su familia y se sentó dándole la espalda al número uno del tenis mundial. El juego de miradas la ponía de los nervios y así evitaba encontrarse aquellos ojos cada dos por tres y podría disfrutar de la comida con tranquilidad.

—Martín, hoy es el gran partido. Si ganas pasas a la fase final —comentó contenta, mientras dejaba los cubiertos sobre el plato, dando por finalizada la deliciosa comida.

—Sí, espero no defraudaros —musitó el joven, preocupado.

—¡Qué nos vas a defraudar! Juega como lo estás haciendo y llegarás muy lejos, ya lo verás —soltó Rafael Acosta, dándole una palmada en la espalda para que se animara—. Vamos a prepararnos, tienes que estar concentrado para el partido.

—Sí... —asintió él, levantándose de su asiento.

—¿Te vienes, Érika? —preguntó su padre de pie.

—Ahora me acerco, voy a tomarme un café, que necesito despejarme —contestó.

—Nos vemos allí, pues —dijo su hermano, yéndose con ellos y dejándola sola.

Érika se levantó y se acercó a la máquina de los cafés, cogió uno y después se volvió a sentar para degustar el sabor del buen café.

—Al fin te encuentro sola —dijo Leo Silva, acomodándose a su lado.

—Puf... —resopló ella, poniendo los ojos en blanco.

—Quiero que quedes conmigo una noche, tú y yo solos, para ir a la ciudad a cenar y a tomarnos unas copas. Quiero aprovechar el poco tiempo que me queda antes de empezar el torneo para conocerte mejor y para que cambies la opinión que tienes de mí —propuso Leo, apoyando un codo en la mesa y sosteniéndose la cabeza con una mano, sin apartar la mirada de aquella chica que lo miraba con ojos hostiles.

—No va a funcionar, Leo, ya lo viste ayer... No me gustas y no quiero tener nada contigo —respondió Érika seria.

—Ayer me equivoqué, no tenía que haberte obligado a besarme. Pero quiero que te des cuenta de que no soy como tú crees.

—Leo, te miro y sólo veo a un pretencioso y engreído jugador de tenis —dijo ella, sin apartar la mirada de la de él.

—Érika, lo más fácil para mí sería olvidarme de ti, intentar centrarme en las otras chicas que me rodean todos los días, las que sé que quieren algo conmigo y a las que tendría con sólo una palabra. Pero no puedo, soy un luchador y siempre gano. Ahora mi objetivo eres tú y haré lo que sea para conseguirte.

—Vas a tirar el tiempo a la basura —farfulló ella, sin entender su obsesión con ella.

Desvió la mirada de él un segundo, lo justo para darse cuenta de que los observaban desde otra mesa. La periodista que había hablado con ella el otro día no apartaba la vista de aquel tenista fanfarrón que no aceptaba un no por respuesta y de repente a Érika se le ocurrió una idea. Volvió a mirar a la periodista, que tomaba café disimulando, y sonrió al tomar aquella alocada decisión.

—No creo que sea tirar mi tiempo a la basura, yo lo veo como una manera de invertir en lo que deseo ahora mismo. Dime que aceptarás cenar conmigo, Érika.

—¡Eres un plomazo! ¿Te lo habían dicho antes? —murmuró con una sonrisa—. Una cena, sin intentar nada raro. A la mínima que vea que pretendes algo más de mí, me marcharé y te dejaré solo, y ya no tendrás más posibilidades.

—Seré bueno —prometió triunfante—. ¿Nos vemos a las ocho en el Unisphere?

—Ahí estaré —susurró ella, esperando no estar cometiendo un terrible error al darle otra cita a Leo Silva.

6

Después de relajarse y refrescarse con una ducha rápida, Érika se quedó delante del armario más de lo necesario. No sabía qué ponerse. Leo le había dicho que iban a cenar, pero no tenía ni idea de dónde. Estaba nerviosa por lo que estaba a punto de hacer, pero debía hacerlo. Era la mejor manera que se le ocurría para lograr su independencia, y si eso significaba utilizar la fama de aquel chico que le caía mal, pues lo haría.

Después de que concretaran la hora de la cita, se separaron y ella aprovechó para hablar, casi a escondidas, con la periodista y saber qué tenía que hacer para ganar mucho dinero. Katy Smith le explicó que cuanto más información personal pudiera averiguar y cuantas más fotos pudieran hacer con la ayuda de ella, iría sumando cantidades importantes a su cuenta. Érika se apuntó el móvil de aquella rubia y le prometió que cuando supiera dónde iban a cenar, le enviaría un mensaje para que su fotógrafo los retratase juntos.

Después de probarse varios vestidos, faldas y pantalones, que desechó al instante de ponérselos, optó por unos shorts negros brillantes y un top rojo anudado al cuello; lo completó con unas sandalias negras de tacón, se maquilló un poco, lo justo para resaltar sus grandes ojos oscuros, y se recogió el pelo en un moño alto. Cogió su bolso negro y se fue hacia el punto de encuentro con la extraña sensación de sentirse una estafadora...

Caminó con paso seguro, aunque por dentro se sentía como un flan de los nervios que tenía. Empezaba a oscurecer y una tímida luna iluminaba el cielo despejado. Mientras se acercaba al Unisphere, contempló la magnífica escultura del planeta Tierra; de noche era todavía más asombrosa.

—Estás deslumbrante —susurró Leo, al verla acercarse a él. Le dio un beso en cada mejilla.

—¿Nos vamos? —preguntó Érika, sin saber qué responder al piropo y a su recibimiento.

—Por supuesto. Estaba deseando que nos viéramos fuera del complejo deportivo —comentó él, echando a andar y tocando con sutileza la espalda de ella para dirigirla.

—Este complejo es enorme, si hubiese sido otro torneo, lo podría entender... —murmuró Érika, caminando a su lado.

—Sí... Pero aunque sea grande, hay muchos ojos que quieren ver y muchos oídos que quieren escuchar —comentó Leo muy cerca de ella.

Cuando llegaron a la salida del recinto, él siguió andando hasta detenerse ante una deslumbrante motocicleta de gran cilindrada, de color verde brillante con letras en negro. Érika la miró sorprendida, habría esperado que se movieran en coche, pero no iba a darle pie a hacerse el chulito con ella... Lo observó coger dos cascos que estaban atados a la moto con un candado, uno del mismo tono que la moto y otro de color rosa chicle, que le ofreció con una sonrisa radiante. Ella lo cogió y se lo puso, intentando que su perfecto recogido no se deshiciera por la presión de aquel casco tan llamativo.

—¿Vamos, Barbie? —le preguntó Leo, subiendo primero en la moto.

Ella se quedó mirándolo unos segundos. Llevaba un pantalón vaquero y una camisa blanca con los tres botones de arriba desabrochados. De no ser porque era un completo estúpido, en aquel instante pensó que era la imagen más sexy que había visto en su vida.

Sin decir nada, se subió a la moto detrás de él y le cogió con firmeza la cintura. Leo hizo rugir el motor y salieron disparados por las calles de Queens hacia la Gran Manzana. Después de unos veinte minutos conduciendo como un loco por Nueva York, dejó la moto delante de un restaurante muy elegante que Érika no conocía. Al quitarse el casco, le sonrió y ella forzó también una sonrisa.

—¿Preparada para comer en el mejor restaurante de la ciudad?

—Bueno... —musitó, mirando el cartel rojo y negro con unas letras en japonés y donde también se podía leer en alfabeto occidental: Masa.

Entraron en aquel local, donde la luz de las pequeñas lámparas de tela iluminaba tenuemente la estancia. Un camarero oriental se acercó a Leo y, sin siquiera hablar, les señaló una mesa escondida en un rincón íntimo. Leo le retiró la silla para que ella se sentase y luego acercarla a la mesa; un gesto muy caballeroso, que a Érika no le sorprendía ni le llamaba la atención, pero le sonrió en señal de gratitud. Él se sentó enfrente y el camarero les dio un menú de aspecto moderno, del mismo tono que casi todo el restaurante: rojo.

—¿Has ido alguna vez a un japonés?

—No... —susurró ella, dejando el menú sobre la mesa sin saber qué pedir.

—Tranquila, te gustará. Estás en uno de los mejores del mundo... —explicó con una sonrisa, llamando al camarero y pidiendo él la cena y las bebidas.

—Por lo que veo, no es tu primera vez aquí. ¿Traes a todas tus conquistas neoyorquinas a cenar a este sitio? —preguntó Érika, disimulando su malestar por ser una más en una larga lista.

—Te preocupa mucho saber si lo que hago contigo lo he hecho antes con otras. Lo importante de esta noche es que aquí estamos tú y yo.

—Quiero saberlo para conocerte mejor y entenderte —replicó ella, mirándolo fijamente a los ojos

—Bueno... —Leo se encogió de hombros con indiferencia—, a veces he traído a alguna chica, pero en general no me hace falta llevarlas a sitios tan caros y exquisitos como éste para conseguir lo que quiero... —explicó, echándose atrás en la silla con seguridad y aplomo.

—Entonces, ¿qué haces para conseguir lo que quieres? —susurró Érika.

—Una mirada, una palabra, una caricia... Sólo con eso he conseguido mi propósito —respondió con arrogancia.

—Sexo —soltó Érika sin apartar la mirada de él.

—Sí, sexo sin compromisos. Sólo dos personas gozando la una de la otra, viviendo y sintiendo el momento, nada más. Sin romanticismo, sin palabrería ni citas a la luz de la luna... Pero ellas sabían a lo que venían al acercarse a mí, yo no soy de tener novias, Érika. Soy muy joven y vosotras sois tan maravillosas, que no podría quedarme sólo con una.

—Eso es ser un egoísta, Leo. Únicamente buscas tu disfrute, pero no piensas que esas chicas pueden tener sentimientos hacia ti que luego tú echas abajo de un plumazo.

—Soy muy directo, yo no me acerco a las mujeres prometiéndoles un anillo en el dedo. Sólo busco divertirme y que ellas se diviertan conmigo —dijo con una sonrisa.

—¿Nunca te ha gustado una más de la cuenta? Alguien que te hiciera dudar de continuar con esa actitud.

—Míranos —contestó con una sonrisa—. Eres la única mujer que me ha hecho replantearme mi forma de actuar. Tú eres inmune a mí y eso me sorprende. No entiendo cómo consigues que tenga más ganas de saber de ti y de derribar esa fachada que te has fabricado de chica dura.

—No me hagas reír —replicó Érika entre risas—. Sientes eso porque no beso el suelo que pisas. Si esta noche me acostara contigo, mañana ya ni te acordarías de mi nombre.

—Probémoslo —propuso él con una sonrisa provocadora, apoyando un codo en la mesa y acercándose más a ella.

—Eso es lo que a ti te gustaría, por eso me has invitado a este restaurante. Seguro que este montaje siempre es una baza segura para conseguir lo que deseas. Pero has tenido un fallo —añadió, levantando el dedo índice.

—¿Un fallo? ¿Cuál? —preguntó Leo intrigado.

—No me gustas —respondió ella encogiéndose de hombros ante lo obvio del asunto.

—Por ahora... —Leo sonrió y cogió una botella de cristal tallada llena de sake frío, que sirvió en las finas copas.

—Puf... ¡Parece que hable con una pared! —resopló Érika, bebiendo un pequeño sorbo del fuerte licor.

El camarero colocó con elegancia varios platos en el centro de la mesa y Leo sirvió en el de ella arroz con lo que parecía carne y diversas verduras.

—¿Qué es esto? —preguntó Érika, cogiendo con el tenedor un poco de la comida que le había puesto en el plato.

—Bento, pruébalo todo junto, te va a gustar —contestó, cogiendo los palillos y comiendo con ellos con destreza.

Érika hizo lo mismo, dejó el tenedor y, muy concentrada, cogió con los palillos algo de comida, que masticó bajo la atenta mirada de Leo.

—No está mal... —murmuró.

Leo sonrió al ver que le había gustado.

—Ya te he dicho que te iba a gustar; tengo un gusto exquisito —añadió, bebiendo un poco de su copa.

Érika lo miraba perpleja por la soberbia con que hablaba.

—¿Eres hijo único? —volvió a la carga con el interrogatorio.

—No, tengo un hermano pequeño —explicó él, cogiendo comida de otra fuente—. Prueba esto, está buenísimo. —Le puso un poco en el plato.

—¿Seguirá tus pasos? —Érika lo observaba masticar, esperando su respuesta.

—Me ha dejado a mí toda la carga de ser el famoso de la familia —contestó Leo intentando sonreír, pero ella se dio cuenta de que la sonrisa no le llegaba a los ojos.

—Entonces, ¿estudia?

—Parece que se te ha pegado el oficio de tu hermano.

—Sólo quiero saber más de ti... Creo que eso no es malo.

—No, no lo es... Cuéntame algo de tu familia.

—¿Qué quieres saber? Si ya los conoces. —Érika sonrió también y comió un poco de su plato.

—Tu madre... —musitó él, sin saber muy bien cómo formular la pregunta.

—Murió, fin de la historia —replicó ella tajante y bebió un sorbo de sake mientras miraba la sala repleta de gente bien vestida.

—Lo siento —farfulló Leo al ver que había metido la pata con su comentario.

—No pasa nada, pero no me gusta hablar de ello.

—Te entiendo, a mí me pasa lo mismo... Me cuesta hablar de algunos asuntos...

—¿De cuáles? —preguntó observando cómo él titubeaba, debatiéndose en si podía confiar en ella o no.

—Mi hermano pequeño está tetrapléjico, tuvo un accidente de moto hace un par de años... —susurró Leo, incómodo al revelarle aquella intimidad de

la que nunca hablaba y mucho menos con sus conquistas.

—¡Oh, vaya! —exclamó ella con tristeza, sorprendiéndose de aquella confesión—. Debió de ser un duro golpe para tu familia.

—Sí, ha sido muy duro verlo inmóvil en una cama... —dijo, tocándose el pelo con gesto nervioso—. Tenemos a varios especialistas contratados para que los ayuden a él y a mi madre, por eso siempre viajo solo. Mis padres siempre están a su lado...

—Normal... —susurró Érika al ver la tristeza que se reflejaba en sus ojos.

—Sí... Si lo hubieses conocido antes del accidente... Era todo vitalidad y fuerza, una persona capaz de mover montañas si se lo proponía —añadió con tristeza, jugando con los palillos.

—Da mucha impotencia no saber lo que te deparará el futuro... —contestó Érika, mirando fijamente a aquel hombre cuyo semblante había cambiado al hablar de su hermano pequeño. Le pareció una persona distinta a la que estaba acostumbrada a ver.

—¡Por eso hay que vivir al máximo, muñeca! —exclamó Leo de repente, levantando la copa y dando un trago largo a su bebida.

Érika lo miraba intentando comprenderlo; era un hombre endiosado y chulesco, pero en el fondo de su corazón parecía latir un sentimiento bondadoso, aunque tratase de ocultarlo con frases fuera de lugar. Aquella noche le había dejado entrever a otro Leo más humano y natural... ¿Sería otra táctica o sería verdad?

—Me ha encantado cenar contigo esta noche... —dijo Leo, caminando al lado de Érika.

Después de cenar en aquel lujoso restaurante, cogieron la moto y volvieron al complejo deportivo; al día siguiente tenían que madrugar para seguir con los entrenamientos. Pasaron cerca del gran monumento del planeta Tierra los dos solos, iluminados por la luz de la luna y las estrellas, rodeados de un silencio sólo interrumpido por el suave sonido de los insectos nocturnos.

—No ha estado mal... —respondió ella, recordando la tristeza que había visto en su mirada cuando hablaba de su hermano.

—Podemos ponerle la guinda a esta noche perfecta, si tú quieres —propuso Leo, mirándola de reojo y sonriendo con una clara intención.

—Ya sabes que yo no soy así, por tanto quítate eso de la cabeza —contestó Érika cruzando los brazos sobre el pecho, sin dejar de caminar en dirección al complejo deportivo.

—No me importa esperar... Sé que cuando te consiga, lo disfrutaré aún más —susurró él, rozándole la cintura con la yema de los dedos.

Érika se apartó de su caricia.

—Eres imposible, Leo —bufó, cansada de su actitud.

—En el fondo te gusta y lo sabes. Estoy completamente seguro de que tú y yo acabaremos acostándonos, que gozaremos de nuestros cuerpos con total libertad, que descubriremos el placer supremo cuando yo pueda entrar en ti, saborearte y hacer que ahogues tus gemidos en mi boca mientras te beso con pasión. Y cuando eso ocurra, sabré que habrá valido la pena toda esta espera

—concluyó él con voz suave y profunda.

—Sigue soñando, Leo, porque eso no va a pasar. Yo no me acuesto con cualquiera, debe gustarme en todos los aspectos y tú...

—¿Yo qué? —preguntó, deteniéndose cerca de la puerta del edificio que daba acceso a los dormitorios.

—No me gustas.

—Por el momento, pero puedo ser adorable si quiero.

—Aunque lo intentes, en el fondo eres como eres, y eso no lo cambia nadie.

—¡Hagamos una cosa! —exclamó él con ímpetu—. Veámonos mañana también. Deja que te demuestre que te equivocas conmigo. Que soy un buen tío. ¿Quieres?

—¿Otra cita? —farfulló ella poniendo cara de asco.

—Mujer, no te estoy pidiendo que me acompañes a la guerra —bromeó Leo con una sonrisa—. Como amigos y coleguillas del tenis.

—Si es así, acepto —dijo Érika.

—En cuanto a lo otro, tranquila, esperaré a que seas tú quien dé el primer paso —murmuró él con una sonrisa—. Mañana nos vemos, descansa mucho.

—Buenas noches, Leo —se despidió Érika, entrando en el recinto.

Al llegar a su habitación, se quitó las sandalias de una patada y se dejó caer en la cama. No sabía qué hacer. Por una parte le venía bien que Leo tuviera ganas de volver a quedar con ella, porque eso significaría que podría averiguar más cosas y podría cambiar esa información por dinero, pero por otro lado no parecía que se cansara de ella. En el fondo, aquella cita no había estado mal, había podido entrever a un Leo distinto al que estaba acostumbrada. Era curioso que una persona pudiera cambiar tanto según el tema que se tratara... Pensando en el tenista, se quedó dormida.

A la mañana siguiente se despertó intranquila; había pasado mala noche soñando con Leo, con el hermano de éste y con la periodista. De un salto se levantó de la cama, se fue al cuarto de baño, se lavó la cara para despejarse un poco, se peinó y se hizo una coleta alta; luego se puso unos pantalones cortos de lycra blancos y una camiseta fucsia de tirantes, se calzó unas deportivas negras y fucsia y salió de la habitación esperando no encontrarse

con su hermano, para que no la acribillase a preguntas.

El sol de la mañana cayó sobre ella de sopetón, hacía incluso más calor que días atrás. Érika empezó a correr sin darle importancia a la temperatura; necesitaba quemar toda aquella angustia sin sentido. Sus piernas la dirigían al parque Flushing Meadows-Corona, el canto de los pájaros la rodeaba por completo, sus pulmones se llenaban de aire puro y comenzó a estar mejor. Era absurdo que se sintiera mal por lo que estaba haciendo, aquel hombre había jugado con multitud de chicas, prometiéndoles la luna si hacía falta, sólo para conseguir su propósito: sexo. Era una manera justa de devolverle a ese tenista engreído todo el sufrimiento y las noches en vela que habría causado a muchas mujeres. Sí, era una manera de vengar a las que él les había roto el corazón.

Sin detener su carrera, llegó a la orilla del lago donde Leo la besó, se detuvo y se sentó sobre la hierba, mirando el agua en movimiento. Tenía que seguir con aquella pantomima, primero porque necesitaba el dinero para comenzar de cero, y segundo porque alguien tenía que darle una lección al mujeriego de Leo Silva.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo él, sentándose a su lado.

—¿Tan previsible soy? —preguntó Érika sonriendo.

—No, te puedo asegurar que eres la mujer más complicada que he conocido —contestó Leo mirándola fijamente—. Pero sé que te gusta correr y cuando estuvimos aquí el otro día, me fijé en que te quedaste observando el lago ensimismada.

—Es un paisaje precioso —susurró ella, desviando la mirada de sus ojos oscuros y observando las aguas tranquilas—. ¿Para qué me buscabas?

—Mañana debuto, ya sabes... Empiezo a competir y debo estar concentrado. Pero hasta entonces... —Sonrió—. Quiero pasar la tarde contigo. Podríamos ir a Central Park y después a cenar.

—Deberías prepararte para mañana, Leo —respondió Érika mirándolo a los ojos.

—Dentro de unas horas tengo entrenamiento, no te preocupes. Además, es segunda ronda, eso está chupado.

—Torres más altas han caído.

—Esta torre nunca caerá, Érika —replicó él con convicción, señalándose

el pecho—. ¿Puedes quedar esta tarde?

—Supongo que sí. —Se encogió de hombros con indiferencia.

—Entonces te espero a las cuatro en nuestro lugar de siempre —dijo levantándose.

—De acuerdo. —Ella también se levantó.

—Ahora mismo, te apoyaría contra ese árbol y te besaría con tal fervor que me suplicarías que te la metiera aquí mismo —susurró, mordiéndose el labio inferior y apretando los puños para controlarse.

—Anda, vete a entrenar y no estropees el momento.

—Ten presente que algún día será una realidad y tú serás mía.

—Leo, yo no soy de nadie —soltó ella mirándolo molesta, antes de echar a correr hacia el complejo.

Se sentía ágil y corrió sin descanso, con una sonrisa en los labios, porque ya no estaba preocupada por lo que iba a hacer. Leo se lo tenía merecido. No lograría lo que tanto ansiaba, pero sí que lo dejaría con la miel en los labios.

—¡Érika! —oyó que la llamaban.

Se dio la vuelta y buscó alrededor. Era Katy, la periodista, que se encontraba en una zona bastante apartada del complejo, Érika se dirigió hacia allá.

—Dime —musitó nerviosa, no quería que la vieran con ella, si no el plan se vendría abajo.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Katy, detrás de unas gafas de sol grandes y muy oscuras.

A Érika le hizo gracia, parecía que quisiera llamar más la atención con aquella apariencia.

—Bien, se está empezando a abrir a mí. Esta tarde hemos vuelto a quedar, ya te pasaré un e-mail para comentarte lo que he averiguado.

—¡Genial! —La periodista sonrió satisfecha—. He hablado de ti con mis superiores y me han dicho que si nos consigues una buena exclusiva podrás tener todo el dinero que pidas.

—Eso es lo que quiero, pero necesito un adelanto. Como comprenderás, me juego mucho y no voy a arriesgarlo todo sin saber exactamente lo que voy a cobrar.

—Es comprensible. Mándame un número de cuenta y te haremos un ingreso, cuando nos envíes lo que has averiguado, claro —dijo Katy.

—De acuerdo, ahora mismo te enviaré el e-mail. Te dejo, no quiero que me vean contigo —se despidió Érika.

Subió a su habitación casi corriendo, no sabía si Leo rondaba cerca y no quería darle indicios de lo que iba a hacer a sus espaldas. Se duchó, se puso un vestido con un poco de vuelo en color rosa palo y se dejó el pelo para que se le secara. Luego fue en busca de su padre, que seguramente estaría entrenando a Martín para el primer partido que éste iba a disputar en la fase final.

—Al fin te vemos el pelo —soltó él al verla, que, en efecto, estaba en una pista de tenis entrenando a su pupilo.

—He salido a correr —explicó Érika, acercándose.

—¿Cómo ves al chico? —preguntó su padre, señalando con la cabeza a Martín, que se esforzaba al máximo en un partido de entrenamiento, con un sparring muy veloz.

—Creo que tiene muchas posibilidades de ganar —contestó ella con sinceridad, sin dejar de mirar los movimientos seguros del joven sobre la pista.

—¿Vendrás esta tarde a verle jugar? —inquirió su padre mirándola de reojo.

—No puedo —respondió Érika desviando la vista y centrándose en un punto muy disputado que estaba en juego.

—¿Se puede saber el motivo? —En su tono de voz se reflejaba el malestar que sentía Rafael Acosta por la negativa de su hija.

—He quedado —murmuró ella sin mirarlo.

—¿Con Leo? —farfulló él con los dientes apretados.

—¿Ahora quieres saber con quién voy y con quién no?

—Sí, sobre todo si es con ese hombre. ¿No te das cuenta que Leo Silva te da mil vueltas?

—Sí, sé que es más experimentado que yo, y también sé que nunca te ha preocupado con quién salía porque antes de ahora nunca había quedado con nadie. Por tanto, deja que haga lo que yo quiera. Creo que va siendo hora de

que asimiles que ya no soy una niña pequeña, soy una mujer.

—Pero ese hombre sólo te quiere para acostarse contigo —soltó molesto.

—¡¡Lo sé!! A lo mejor lo que quiero es que un hombre que sepa me desvirgue de una vez. Estoy harta de sentirme un bicho raro, de ser la única que no sale por las noches, de no tener amigas... ¿No te das cuenta? No he tenido vida, no sé lo que es divertirme con alguien de mi edad. Toda mi vida se ha centrado en el tenis. ¡¡Y estoy cansada!! —exclamó, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Qué querías que hiciera? Tu madre murió, no te iba a dejar con los abuelos. Tenías que venir conmigo, debía seguir trabajando para daros de comer y pagar las facturas. ¡Tampoco ha sido un camino de rosas para mí! Me ha tocado hacer el papel de padre y madre contigo, he intentado comprenderte, darte el cariño que necesitabas. Lo siento si te he fallado —concluyó dolido.

—No es eso. Sé que lo hiciste por mi bien, pero ahora necesito que comprendas que quiero tomar las riendas de mi vida. ¡Deja que me equivoque! ¡Deja que viva!

—Si es lo que quieres, me tendré que aguantar... —susurró Rafael—. Pero no cuentes con mi aprobación.

—No hace falta que me lo repitas, eso ya lo sé. Pero aunque sea sin tu ayuda, lo conseguiré.

—Lo único que quiero es que cuando te des de bruces contra la realidad, no dudes en volver a casa. Siempre te recibiré con los brazos abiertos.

—Gracias... supongo —musitó Érika.

Con gran tristeza llegó al mediodía, comió antes que su familia, deprisa, para no coincidir con su padre. Las cosas entre ellos no marchaban muy bien. Érika lo comprendía, sería una boba si no lo hiciera, pero quería tomar sus propias decisiones, aunque no fueran las más acertadas. Se miró en el espejo del cuarto de baño, tenía que empezar a prepararse para su cita con Leo...

En su interior sentía una desazón que aumentaba con los días; sabía que estaba especialmente sensible porque se aproximaba el aniversario de la muerte de su madre... Érika tenía vagos recuerdos de ella, se acordaba de la suavidad de sus manos, de la dulzura de su voz, de los besos que les daba antes de acostarse por las noches... Y, sobre todo, recordaba su largo y

precioso cabello, que cuidaba con mimo todos los días. A Érika le encantaba jugar con ella a peluqueras y le hacía mil y una trenzas, peinados, recogidos y un sinfín de experimentos; su madre se dejaba siempre, mostrando una sonrisa de felicidad en la cara.

Érika se agarró del lavabo y miró hacia el suelo. Desde el día en que murió, la vida se convirtió en un sinsentido para ella. Volvió a alzar la vista hasta el espejo, y vio sus ojos anegados en lágrimas. Buscó unas tijeras en su neceser y, agarrándolas con firmeza, hizo lo que debería haber hecho muchos años atrás. Comenzó a cortarse mechón a mechón su largo y precioso cabello, dejando largas tiras de pelo en el suelo y notando que cada vez estaba más cerca de sentirse viva.

Antes de abandonar la habitación, se dio una ducha rápida para quitarse los pelos de encima, se puso unos pantalones cortos gris perla y una camiseta de tirantes negra, y con una sonrisa en la cara salió a encontrarse con aquel hombre que iba a proporcionarle su libertad financiera.

8

—No puede ser... ¿Qué te has hecho? —soltó Leo al ver el nuevo look de Érika.

—Vaya, veo que te ha gustado mucho el cambio —bufó ella con ironía, sintiéndose más valiente que nunca.

—La verdad es que estás preciosa, pero me ha sorprendido —comentó, admirando su media melena ondulada; lo llevaba suelto, justo por encima de la clavícula.

—Ya ves... Cosas que hace una sin pensar. ¿Nos vamos?

—Por supuesto —susurró él con una sonrisa, sin dejar de observarla.

Fueron juntos hasta la salida del complejo y se subieron a la moto, como el día anterior. Leo puso rumbo de nuevo a la gran ciudad.

Se detuvieron cerca del Central Park, se bajaron y él sujetó los cascos a la moto.

—Me encanta Nueva York —comentó, mientras caminaban por el verde césped del famoso parque.

—Sí... Tiene rincones encantadores —asintió Érika admirando el paisaje.

—¿Has viajado mucho?

—Sí, me he recorrido todos los lugares donde se celebran campeonatos de tenis —contestó con una sonrisa vacía de sentimientos.

—Entonces echarás mucho de menos tu hogar —dijo Leo, mirándola de reojo.

—Desde hace muchos años no tengo hogar... Siempre hemos ido de acá para allá, sin permitirnos el lujo de volver a casa... Aunque supongo que mi

padre lo ha hecho para que no echáramos de menos a mi madre —añadió con pesar, tocándose sin darse cuenta un mechón de pelo.

—También es bueno recordar y afrontar la realidad —musitó él, viendo la tristeza de Érika al hablar de su madre.

—Sí, pero fue un duro golpe para todos nosotros.

—¿Me vas a contar lo que le ocurrió?

—No —dijo ella con convicción.

—Mira, vamos a hacer un trato. Tú me preguntas algo... ¡lo que quieras!, y yo te contesto con total sinceridad y luego tú me cuentas lo que sucedió.

—No me apetece hablar de ello...

—El otro día yo te hablé de mi hermano y eso nunca lo había hecho con nadie —contestó Leo con seriedad.

—Vamos a modificar ese trato: yo te hago las preguntas que crea oportunas, sin límite, y si me convencen las respuestas, te lo contaré —dijo Érika.

—Así salgo perdiendo yo...

—Bueno, Leo, no se puede ganar siempre... —replicó ella con una sonrisa.

—Yo siempre gano —bromeó él con una sonrisa triunfal—. De acuerdo, acepto el trato. Eso sí, sólo será válido para el día de hoy. Antes de que acabe la noche, me lo tendrás que contar.

—Si sospecho que me engañas con tus respuestas, no lo haré.

—Seré totalmente sincero —le prometió, parándose de golpe y cogiéndole la mano para que lo mirase a los ojos.

—Entonces, si cumples tu palabra, lo sabrás antes de que acabe la cita.

—Ven, siéntate a mi lado. —Señaló un lugar alejado bajo un gran árbol—. Pues bien, señorita Acosta, cuando usted quiera puede proceder con el interrogatorio.

—¿Por qué juegas al tenis? —preguntó Érika con una sonrisa.

—Porque soy el mejor.

—¿Te hubiera gustado hacer algo diferente?

—No busco el trabajo perfecto, busco el reconocimiento y poder llegar a ser alguien en la historia del mundo. Quiero que se me recuerde por algo. El

tenis me da eso. En este campeonato lograré lo que pocos han alcanzado, ganaré el Open Usa y entraré en la historia por ser uno de los privilegiados que han ganado todos los grandes torneos en un año.

—¿Eres feliz?

—¡Claro! Mírame, soy guapo, rico, famoso y, además, soltero —soltó con una risita.

—¿Con cuántas mujeres te has acostado? —preguntó contenta, ese trato le había salido redondo para conseguir mayor beneficio.

—No llevo la cuenta —resopló con una sonrisa, mostrando unos dientes perfectamente cuidados.

—Dime un número aproximado...

—A ver... Mil mujeres, aunque creo que me quedo corto —contestó pensativo.

—¿Mil? —se sorprendió Érika—. ¿Te estás quedando conmigo?

—No, sigue con las preguntas —dijo con una sonrisa encantadora.

—¿Te has enamorado alguna vez?

—No.

—¿Por qué?

—No he conocido a ninguna mujer que haga que sienta la necesidad de estar solamente con ella... Me canso muy rápido de todas.

—¿Has sentido celos o envidia de alguien?

—No, soy perfecto y siempre gano, eso ya lo sabes —explicó él, abriendo los brazos y echando la cabeza hacia atrás para subrayar lo que acababa de decir.

Érika puso los ojos en blanco ante esa actitud.

—¿Quieres formar en el futuro una familia?

—No, no quiero hijos ni complicaciones.

—¿Siempre vas a ser un picaflor?

—Sí, ¿por qué no?

—Porque no está bien

—¿Y eso quién lo dice? ¿Tú o la sociedad? Yo soy feliz así, me gustan las mujeres y yo a ellas. No veo nada malo en disfrutar de los placeres que nos da la vida.

—¿Le has mentido a alguna mujer para llevártela a la cama?

—Sí.

—¿A una solo?

—No, a varias.

—¿Qué les dijiste?

—Que ellas serían las últimas en mi vida, que a su lado sentaría la cabeza...

—¿Y después de saciarte...?

—Se daban cuenta de que era mentira.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque ya te digo que siempre gano y en aquel momento las deseaba.

—¿Igual que a mí?

—Lo tuyo es distinto...

—¡No me mientas! —exclamó Érika a la defensiva.

—No lo hago, es la verdad. Contigo tengo que usar otras estrategias para lograr lo que ansío.

—¿Y por qué yo? ¿Por qué no otra mujer más atractiva y más accesible?

—Porque me retas, porque me desprecias continuamente y eso me trae loco.

—¿Soy la primera que te ha rechazado?

—Sí —contestó, fijando en ella su mirada penetrante.

—¿Te gustaría besarme ahora? —preguntó Érika, aguantando la respiración.

—Lo anhele —resopló Leo, reprimiendo las ganas de lanzarse hacia aquellos labios de color de fresa.

—¿Qué pasaría si te dijera que nunca vas a volver a probar mi boca?

—Lo único que pasaría sería que te estarías mintiendo a ti misma. Sabes que lo deseas también. Si no, no estarías aquí, en este rincón apartado del Central Park, lejos de tu familia, sola conmigo... —dijo con voz profunda, acercándose un poco más a ella.

—¿De verdad crees que te deseo?

—Cada día estoy más convencido de ello; ahora sólo falta que tú también te des cuenta.

—¡Madre mía! —exclamó Érika entre risas—. Ahora resulta que sabrás más que yo.

—Sé lo que veo, si no, mira dónde estás y con quién.

—Eres un creído.

—Sí, pero tengo muchas razones y aptitudes para creérmelo.

—¡Eres imposible! —exclamó, agotada de todo aquello.

—Déjate llevar Érika.

—Pero ¿qué dices? —preguntó extrañada.

—Siente, no pienses y disfruta —le propuso Leo sin apartar la mirada de ella.

—Sé por dónde vas. Quieres besarme. Pues adelante, te dejo. Te darás cuenta de que no siento nada por ti, que me pone enferma tu actitud prepotente y que soy inmune a tus encantos... —dijo sin pensar.

—¡Ay, Érika! Te vas a dar cuenta de todo lo contrario. —Suspiró aliviado al lograr dar ese pequeño paso con ella.

Se le acercó aún más, la cogió de la nuca para que no se escapara y rozó sus labios con los de él. Primero con suavidad, dejándole ver que podía ser cariñoso si quería, después comenzó a abrirse paso con la lengua, queriendo explorar aquella boca tan tentadora. Al principio Érika se resistió un poco, pero él notó que finalmente cedía con un pequeño gemido.

Leo sonrió, la estrechó más contra su cuerpo e, introduciendo su experimentada lengua, le dio el beso más intenso y caliente de toda su vida.

Ella casi no se lo podía creer, nunca la habían besado de aquella manera tan feroz, tan apasionada. Su boca se fundía con la de él sin dificultad, amoldándose a su ritmo, jugando con su lengua, que no dejaba de danzar y jugar con la suya. Sin percatarse de lo que hacía, le cogió la cabeza y Leo aprovechó para, en un solo movimiento, sentarla encima de él y así poder tenerla a su merced, todo ello sin dejar de lamerle los labios y mordisqueárselos.

Érika se dejó llevar por aquella sensación tan novedosa. Notó las manos de Leo explorando su cuerpo tembloroso, notó que su miembro viril comenzaba a endurecerse debajo de ella. Empezó a notar un hormigueo en su sexo, que palpitaba con mayor fuerza a medida que él acariciaba con gesto

posesivo su trasero. Ahogó un gemido, odiándose por sentir aquella excitación con aquel hombre.

—Leo... —logró decir, despegándose del cuerpo musculoso del tenista.

—Hum, eres deliciosa. Recorrería con mi boca cada centímetro de tu cuerpo —le susurró él al oído, provocando una punzada de deseo en su húmedo sexo.

—Para... no puedo seguir. Estamos en un parque y tú tienes la mano debajo de mi camiseta —balbuceó.

Leo le sonrió y la mano que tenía acariciándole la espalda se movió hasta el encaje del sujetador, que recorrió con la yema de los dedos hasta el borde, haciendo que Érika cerrase los ojos de placer.

—Estás deseándolo, déjame que lo haga —murmuró él, con los labios en el cuello de ella.

—No pienso hacer nada en un lugar público —contestó Érika, mirándolo fijamente.

—Pues, entonces, vayamos a un hotel. Quiero hacer que grites mi nombre mientras te hago mía una y otra vez —musitó, trazando círculos sobre el sujetador, haciendo que su pezón se endureciese al contacto.

Érika se mordió el labio inferior intentando reprimir un gemido.

Leo no esperó respuesta, se levantó con ella en brazos, besándole los labios con delicadeza.

—¿Puedes andar? —preguntó al rato de caminar con ella de esa guisa. Habían salido ya del parque y se habían adentrado en el bullicio de la ciudad.

—Sí —susurró Érika con una sonrisa y él la posó en el suelo.

—Me hubiera encantado subirte así a la habitación, pero creo que nos habrían mirado un poco raro —dijo, señalando la entrada de un pequeño hotel que se encontraba muy cerca del Central Park.

—Creo que no nos hubieran dado habitación —contestó nerviosa, sin saber muy bien lo que estaba a punto de hacer.

Leo la cogió de la mano y, sonriendo, ambos entraron en el hotel. Él se encargó de todo y enseguida le dieron una habitación, la mejor que tenían, y subieron en el ascensor hasta llegar a ella. Ese parón hizo que Érika se replantease todo aquello. En el parque deseaba que él siguiera con aquellas

caricias y aquellos besos, pero allí, en aquella habitación extraña... empezaron a entrarle dudas. No podía seguir adelante. ¡Era de locos! A ella no le gustaba ese hombre, ¿o sí?

—Estaba deseando tenerte así... —susurró Leo, acercándose a ella y estrechándola entre sus brazos.

—Espera —dijo Érika zafándose de su agarre.

—¿Qué te ocurre? —preguntó confuso.

—Nada... Dime una cosa primero, ¿a cuántas mujeres has traído a este hotel?

—¿A éste? —repitió nervioso, pasándose las manos por el pelo.

—Sí.

—A ninguna. Tú eres la primera. No te obsesiones con eso —contestó en tono serio.

—No quiero ser una más, Leo.

—Tú nunca has sido una más —afirmó con convicción.

—No me digas eso para conseguir que me acueste contigo.

—Soy sincero contigo, Érika. Nunca antes había deseado tanto a una mujer. Por favor, no pienses, déjate llevar como en el parque. Eres tan deliciosa... —susurró, acercándose a ella y acariciándole la mejilla con la yema de los dedos.

—Leo, yo... —farfulló nerviosa, poniéndose colorada.

—¿Eres virgen? —preguntó con voz suave. Érika asintió con timidez—. No te preocupes por eso, te voy a cuidar muy bien. Lo vas a disfrutar y me pongo cachondo sólo de pensar en lo apretadita que debes de estar.

—Uf... —bufó excitada, sin dejar de mirar sus ojos oscuros, que le prometían pasión y diversión.

Leo se acercó y la volvió a besar, pegando su cuerpo al de ella, mientras con una mano le sujetaba la cabeza para poder llegar más adentro y con la otra mano comenzaba a subirle la camiseta, para poder desabrocharle el sujetador y liberar así sus turgentes pechos. Se los acarició, estrujándolos entre sus palmas, notando que los pezones se endurecían cada vez más a su contacto, comprobando que Érika se acercaba cada vez más a él.

Se separó un segundo de ella, el tiempo justo para poder quitarle la

camiseta y el sujetador, que tiró al suelo. Resopló al ver la belleza pura de aquella chica. Ella lo miraba con timidez y él se abalanzó a chupar aquellos dulces pezones que lo reclamaban.

Al notar la boca de él en aquella parte de su cuerpo, Érika gimió sin controlar ya el volumen. Cogió con ambas manos la cabeza de Leo y dejó que la vergüenza la abandonara. Lo que notaba en aquel instante era indescriptible; no paraba de apretar los muslos, porque las palpitaciones que había empezado a sentir en su sexo comenzaron a ser insistentes y cada vez más intensas, casi insoportables.

—Eres tan sabrosa —susurró Leo, fundiendo de nuevo sus labios con los labios entreabiertos de Érika y acercándola más a él.

Las manos de él no paraban quietas, empezó a masajearle el culo, apretándola contra su erección, resiguió la cinturilla con los dedos, acariciándole la cintura en el trayecto y llegó al pequeño botón que la liberaría de aquella prisión en que se habían convertido sus pantalones cortos.

Leo se los quitó en un segundo, arrancando de paso las pequeñas braguitas de encaje. Sin dejar de besarla, la acercó a la cama y la tumbó encima, boca arriba y completamente desnuda. La observó llenándose con esa imagen tan tentadora, mientras en dos movimientos se quitaba la camiseta, dejando ver su torso perfectamente esculpido, y los pantalones, quedándose sólo con unos calzoncillos blancos que aprisionaban su duro miembro.

Se acercó y la besó en los labios, asegurándose de que ella estaba igual de excitada que él, y luego empezó a descender, con mucha suavidad, hasta su ombligo, dejando besos por todo su cuerpo, lamiendo cualquier zona.

Érika temblaba por la excitación, no sabía lo que Leo se proponía hacerle, aunque viendo la dirección que estaba tomando, se lo empezó a imaginar. Intentó cerrar los muslos, pero él estaba en medio y se lo impidió. Las punzadas se estaban convirtiendo en un calvario, nunca había experimentado nada igual y era de locos, necesitaba que le calmasen aquella sensación. Cuando la lengua de Leo rozó con delicadeza su hinchado clítoris, ella soltó un grito de placer.

Leo sonrió, se había imaginado que aquella joven lo iba a volver loco en la cama, pero la realidad superaba con creces sus fantasías más tórridas.

Estaba tan excitado que de ser por él, aquel precalentamiento no hubiese existido. Pero era la primera vez de Érika, y quería que siempre la recordara con cariño.

—Me vuelve loco que lleves el pubis depilado —susurró, cogiéndola por los muslos y hundiendo su lengua en su interior.

Ella sólo notaba su lengua recorriéndole el sexo, jugando con su clítoris, provocándole una y otra vez una sensación indescriptible que la hacía arquear la espalda y gemir sin parar. Érika lo oyó gemir entre sus piernas y eso la excitó aún más. De repente, comenzó a sentir calor y placer, un placer casi eléctrico, que poco a poco iba incrementándose de tal modo que incluso dejó de respirar y de emitir ningún sonido. La sensación se fue intensificando a medida que Leo aumentaba el ritmo de su caricia, hasta que Érika explotó, gritando y abriendo los ojos de par en par. Acababa de tener un orgasmo.

—¿Cómo estás? —preguntó él, subiendo de nuevo y mirando su rostro.

—No tengo palabras —susurró entrecortadamente.

—Pues esto es sólo el principio —contestó Leo, desprendiéndose de los calzoncillos y liberando al fin su tremenda erección.

Érika se lo quedó mirando. Era enorme y empezó a pensar que aquello tan grande no cabría en ella. Era imposible. ¡Era descomunal!

Leo cogió un preservativo de sus pantalones y se lo colocó sin percatarse del gesto de su reciente conquista. Sonrió para sus adentros. Algo le decía que de aquella chica no se iba a saciar tan rápido. Quería hacerle tantas cosas, enseñarle lo que se había estado perdiendo todos esos años, que le faltarían horas y días en aquella semana que quedaba de torneo...

—No te asustes, preciosa, lo haré con mucho cuidado, muy lentamente. Pero sé que te va a gustar, y lo que has sentido hace un momento no será nada comparado con lo que te voy a hacer sentir ahora —prometió, besando sus labios y colocándose entre sus piernas.

9

Leo estaba sobre ella, mirándola fijamente, acorralada bajo su enorme y fuerte cuerpo. Érika tenía miedo, temblaba como un pajarito ante su cazador. Aún no comprendía qué había cambiado para que se viera en semejante situación con aquel hombre que antes tanto le disgustaba. Se había dejado llevar demasiado, la excitación que había sentido a su lado hizo que flaqueara y que él lograra lo que tanto ansiaba de ella. ¿Y cuando lo consiguiera, qué pasaría? Intentó convencerse de que era lo mejor, que la tomara y por fin la olvidara.

Con lo que había averiguado aquella tarde tenía suficiente material como para que la revista del corazón le pagase una buena cantidad de dinero. Con eso empezaría de cero y averiguaría qué quería hacer con su vida. Se quedó observando el rostro de aquel hombre que la miraba con intensidad. Se lo veía acalorado y excitado, pequeñas gotas de sudor perlaban su frente.

Era guapo, mucho. Su belleza era hipnotizadora; debería ser delito ser tan perfecto. El cabello despeinado le daba un aspecto mucho más juvenil y sus ojos chispeantes denotaban su aplastante seguridad. Sus labios, maestros en el placer, eran carnosos y bien definidos y tenía el cuerpo de un perfecto modelo para cualquier pintor o escultor. La única pega que tenía Leo Silvia, según Érika, era su personalidad.

Dejó de divagar cuando notó que Leo le acariciaba de nuevo el clítoris. Estaba concentrado en ella, observando su rostro. Poco a poco, despacio, paseó el dedo cerca de su húmeda hendidura y fue adentrándose en su interior. Érika se tensó ante la intromisión, pero procuró relajar los músculos, haciendo que el dedo de Leo pudiera entrar en ella.

—Hum.. estás tan mojada —susurró él, metiendo y sacando el dedo lentamente—. Vas a disfrutar mucho, ya lo verás. Confía en mí, no te haré daño.

Ella no decía nada, se sentía una completa ignorante en aquel tema y se empezaba a arrepentir de haber permitido que la besara.

Leo sacó el dedo y la miró fijamente para darle la seguridad que necesitaba. Luego, muy despacio, comenzó a guiar su pene envuelto en el preservativo hasta el interior de Érika, que al notarlo cerró los ojos; estaba asustada.

—No, preciosa, ábrelos. Quiero que lo vivas todo desde el principio. Te va a gustar tanto... que cuando termine me vas a suplicar que vuelva a follarte.

Ella resopló, pero le hizo caso y abrió los ojos para observarlo. Empezó a sentir malestar. El pene de Leo estaba penetrando en su interior y aun estando mojada le dolía.

—Qué apretadita estás, vida mía... Sólo pensar que mi polla es la primera en meterse aquí, hace que me ponga a mil. —Con un último empujón, entró del todo—. Uf... Dudo que pueda aguantar mucho, seguramente te exigiré otro polvazo.

La besó en el cuello mientras salía despacio y volvía a adentrarse en ella al mismo ritmo. Al principio fue doloroso, aunque Érika notaba una leve sensación placentera cada vez que la volvía a penetrar. El dolor del principio fue desapareciendo a medida que Leo aumentaba sus embestidas, sus caricias y sus dulces besos y ella empezó a disfrutar de aquello. Cuando se hundía en su interior, oía los gemidos ahogados de él en la almohada, algo que la revolucionaba. Lo agarró por la espalda, mientras con las piernas rodeaba su culo prieto.

Leo se notó cerca del orgasmo, pero necesitaba que ella llegara antes, así que con una mano llegó a su clítoris hinchado y, mientras la penetraba cada vez con mayor profundidad y rapidez, comenzó a masajearse.

Eso Érika no se lo esperaba y la reacción que tuvo fue alucinante. Clavándole las uñas en la espalda, levantó la pelvis para que él llegara mejor a su centro de placer. No sabía lo que hacía, pero su cuerpo tenía voluntad propia para ofrecerle el mayor gozo posible.

—Córrete para mí, preciosa —musitó Leo en su oído.

Y como si Érika estuviese esperando aquella orden, un enorme y placentero orgasmo la recorrió por completo, haciendo que estallara en mil pedazos en sus brazos.

Al oírla gritar de placer, Leo se dejó ir detrás de ella.

—¿Cómo estás? —preguntó luego con suavidad, todavía en su interior.

—Bien... —musitó Érika con esfuerzo.

Poco a poco, Leo fue sacando su pene, se quitó el preservativo y se fijó en que estaba un poco manchado de sangre. Sonrió al verlo; era la primera vez que desvirgaba a una mujer. Se levantó, fue al cuarto de baño, cogió una toalla que humedeció en agua caliente y se la llevó a Érika.

—¿Para qué es eso? —preguntó ella, al ver que se acercaba con la toalla.

—Para limpiarte, es normal que hayas sangrado un poco. No te preocupes —susurró Leo, sentándose en la cama y apoyando la toalla en el pubis de Érika.

—No soy tan tonta, eso ya lo sé. Y puedo limpiarme yo solita, ¿eh? —soltó molesta, cogiendo la toalla y levantándose de la cama para dirigirse al cuarto de baño.

Cerró la puerta tras ella de un portazo y se quedó observando la imagen que reflejaba el espejo. Estaba despeinada y se la veía acalorada. ¿Qué había hecho? Se había comportado como una auténtica imbécil, había perdido la virginidad con el peor hombre del mundo. Tiró la toalla al suelo y se metió en la ducha para quitarse el aroma agridulce del sexo. Luego volvió a la habitación envuelta en otra toalla y se encontró a Leo, todavía desnudo, tumbado en la cama.

—Ven aquí conmigo —dijo él, señalando el lado libre de la cama.

—Prefiero irme.

—Érika, por favor, tumbate a mi lado.

Lo miró. Su pene empezaba a aumentar de nuevo de tamaño y ella temía que la volviese a llevar al cielo... Resopló y se acercó a él.

—¿Te duele? —preguntó Leo cuando la tuvo a su lado.

—Un poco —contestó Érika, mientras la mano de él comenzaba a acariciarle las piernas con delicadeza.

—Eso es normal... ¿Te ha gustado?

—Sí... —resopló, incómoda por la pregunta.

—Me debes algo... —dijo él con una sonrisa.

—¿Yo?

—Sí, yo he respondido a todas tus preguntas; ahora me toca a mí escucharte.

—La condición era cuando acabara la cita —le recordó, sintiéndose cada vez más agobiada.

—¡Cierto! Aún puedes preguntar lo que quieras, pero antes de que me avasalles con mil y una curiosidades, vamos a cenar, que tengo hambre —propuso, levantándose de un salto de la cama y acercándose al teléfono del hotel.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, al ver que llamaba.

—Voy a pedir comida. Estoy muy a gusto contigo en esta habitación. No me apetece salir hasta que volvamos al complejo —explicó con tranquilidad. Luego se dio la vuelta y comenzó a hablar con la recepcionista del hotel.

Érika lo miraba desde la cama. Estaba totalmente desnudo y una nueva punzada de deseo le recorrió la entrepierna. Pero ¿qué demonios le pasaba esa noche? Parecía que con Leo hubiese descubierto un mundo nuevo, uno que sólo se regía por la pasión, el placer y el frenesí. Cerró los ojos para tranquilizarse. Se sentía un poco dolorida y sospechaba que aquello le duraría un par de días. Pero lo más preocupante era que debía continuar en aquella habitación, con él desnudo y ella sólo envuelta en una toalla... La cosa no pintaba muy bien. A lo mejor... si le daba un poco más de sexo se olvidaría del trato y dejaría de preguntarle por su madre. Si fuera así, Érika lo intentaría de nuevo. No le apetecía nada volver a recordar aquel fatídico día.

—En media hora tendremos nuestra cena en nuestro nidito de amor —comentó Leo con una sonrisa, mientras se tiraba encima de la cama de un salto.

—Debería vestirme... —contestó ella incorporándose.

—De eso nada, te iba a decir que te quitaras esa toalla. Me estorba para ver el maravilloso cuerpo que tienes —dijo él, relamiéndose el labio inferior.

—Te gusta que todas te hagan caso, ¿verdad? —soltó Érika un poco molesta.

—Me gusta que las cosas se hagan cuándo y cómo quiero... —Sonrió estirándose cuan largo era y ella apartó la vista de su visible erección.

—La otra persona también tiene voz y voto. No se pueden conseguir las cosas obligando a los demás a que cambien su manera de pensar sólo porque a ti te dé la gana —explicó irritada, mientras se levantaba y se vestía.

—Es una lástima que te vuelvas a poner la ropa —comentó él sin dejar de observar el trajín de ella—. Creo que cuando acabe de cenar voy a querer postre... —añadió, mirándola con ojos de deseo.

—Vete a la mierda —soltó Érika.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó confuso.

—Me da rabia que hables con esa prepotencia. Me entran ganas de irme de esta habitación y dejarte solo.

—¿Y por qué no lo haces? —susurró Leo, levantándose de la cama y acercándose a ella.

—Porque soy gilipollas y prefiero estar aquí que debatiéndome con mis problemas sola en mi cuarto.

—Cuéntame tus problemas, podría ayudarte...

—¡No quiero tu ayuda ni la de nadie! Esto lo arreglaré yo solita —farfulló, apretando los dientes con rabia.

—Estás tan deliciosa cuando te enfadas que ahora mismo te volvería a follar —susurró él, mirándola con fervor.

—¿No puedes pensar en otra cosa?

—Delante de ti no.

—Será mejor que me vaya —murmuró Érika mirando al suelo.

—No lo hagas. Quédate conmigo esta noche, por favor. Necesito volverte a amar y volver a escuchar tus dulces gemidos.

—Joder, Leo... —resopló, excitada por sus palabras—, esto no va a acabar bien. No me gusta cómo eres y...

—¿Te gusta cómo te follo? —preguntó él, interrumpiendo su explicación.

—Sí... —musitó avergonzada.

—Con eso me sobra —dijo, atrayéndola y besándola con urgencia y pasión—. Te voy a descubrir lo que significa el placer sin límites —le prometió entre beso y beso.

—Sólo sexo, nada más. Sigues cayéndome mal, cada día peor —contestó Érika, mientras apretaba con ambas manos el perfecto culito del tenista.

—Humm... me vuelves loco. Me da igual que no te caiga bien si dejas que disfrutemos el uno con el otro.

Comenzó a desvestirla, tirando de nuevo la ropa al suelo. Érika se agarraba de su espalda, de sus fuertes brazos y de su trasero, deleitándose con la resistencia de sus increíbles músculos. Se tumbaron en la cama, retozando, dando mil vueltas en ella. Sin dejar de besarse, de lamerse, de mordisquearse el uno al otro. Unos golpecitos en la puerta los interrumpieron en el mejor momento, cuando Leo comenzaba a lamerle con gesto posesivo los pechos. Érika gemía sin parar, y estaba convencida de que se correría sólo con esa caricia.

Antes de abrir la puerta, Leo se enrolló a la cintura la toalla que antes había dejado ella en el suelo, y abrió con una sonrisa. Érika se tapó entera, cabeza incluida, con la sábana. El camarero ni siquiera entró en la habitación. Leo le dio una propina y él mismo entró el carrito plateado, con un montón de platos con deliciosa comida.

—Ya puedes salir de tu escondite, ratoncita —murmuró divertido, acercando el carrito a la cama—. Vamos a reponer fuerzas. Lo que te voy a hacer esta noche te dejará exhausta.

—¡Qué bien huele! —exclamó Érika destapándose.

Se acercó a Leo y, desnudos los dos, empezaron a cenar con apetito.

—Te queda una hora para que acabe el plazo de preguntarme lo que quieras —la informó él, mientras bebía un poco de vino.

—Ahora estoy ocupada comiendo, cuando se me ocurra algo, no te preocupes que te lo preguntaré —contentó Érika, llevándose una buena porción de carne guisada con verduras a la boca.

—Y queda una hora para que me cuentes lo que te angustia...

—Leo, por favor, no estropees el momento de sexo sin preocupaciones con cosas así...

—Quiero que me lo cuentes y no pararé hasta lograrlo —contestó él con seriedad.

—Eres muy tozudo.

—Lo sé, es mi mayor cualidad; eso y ser el mejor en la cama —bromeó, guiñándole un ojo.

—¡Eres imposible! Anda, come y terminemos lo que hemos empezado hace un rato.

—Creo que he despertado a la fiera que tenías dormida tanto tiempo. ¡Me encanta! —exclamó Leo con una radiante sonrisa.

10

—Con lo bien que estábamos en la habitación, no sé cómo me has convencido para que volviéramos aquí, y a estas horas... —se quejó Leo, mientras terminaba de estacionar su llamativa moto.

—Ya te he dicho que no quiero levantar sospechas... —respondió Érika, admirando la maravillosa noche que se cernía sobre ellos.

Echaron a andar en dirección al complejo deportivo. No se veía ni un alma, algo bastante comprensible por la hora que era.

—¿Vendrás a verme competir? —preguntó él, cogiéndole una mano con delicadeza sin dejar de andar.

—Lo dudo —bufó ella, soltándose la mano al sentirse incómoda con aquella manera tan íntima de caminar.

—Érika, estoy esperando que salga de ti contármelo, pero veo que lo evitas. No me he olvidado de nuestro trato y ya está a punto de amanecer... —susurró Leo, deteniéndose al lado de la colosal escultura.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un pesado? —replicó ella con cara de fastidio, mientras se volvía, colocándose enfrente de él.

—Sólo tú —musitó Leo con una sonrisa.

—¿Qué interés tienes en saber qué le ocurrió a mi madre?

—Quiero saber más de ti para poder conocerte mejor. Ya te he dicho esta tarde que eres la primera mujer que me deja descolocado. No sé qué piensas, ni por qué haces las cosas que haces. Estoy acostumbrado a que las mujeres no paren de hablar contándome su vida y lo que sienten a cada momento; contigo tengo que sacarte las palabras de la boca.

—No vas a parar hasta que te lo cuente, ¿verdad?

—Verdad —contestó serio.

—Mi madre se suicidó porque se sentía sola, porque mi padre siempre andaba viajando por el mundo de torneo en torneo. ¿Ya estás contento? —soltó con rabia, clavando su mirada en la de él.

Vio en los ojos de él aquella expresión de pena que tanto odiaba y, dándose la vuelta, echó a correr hacia la puerta que daba acceso a las habitaciones. Oyó que Leo la llamaba para que parase y poder hablar, pero Érika sólo quería huir de allí...

Se tiró en su cama, desolada. Había subido a trompicones, no paraba de llorar y lo único que sentía era odio hacia sí misma. No le gustaba contarle a nadie la verdadera causa de la muerte de su madre, porque eso la hacía sentirse mal...

Todavía recordaba lo que sintió aquel terrible día, cuando la encontraron muerta en la cama. Extrañada porque tardaba mucho en levantarse, Érika abrió la puerta de la habitación de su madre, como había hecho tantas otras veces, y la vio tumbada, tranquila. De un salto, se subió a la cama para despertarla. Estuvo allí durante mucho rato, intentando que su madre le hiciera caso. Primero llamándola con suavidad y después gritando con lágrimas en los ojos.

Rafa la oyó gritar y fue corriendo. Cuando entró y vio a su hermana pequeña encima de su madre, cogiéndola de los brazos y sin dejar de gritar, se temió lo peor. Apartó a Érika de la cama, la sentó en el sillón que usaban para leer en el dormitorio y se acercó a su madre. Le tocó la cara, estaba helada. Se fijó en que estaba vestida con ropa de calle y en su mano medio abierta se podía ver un frasco de pastillas vacío.

Rafa cogió el teléfono y llamó a urgencias, aunque sabía que ya no podían hacer nada por ella. Después llamó a su padre, que estaba fuera de casa, como siempre, en un torneo de tenis.

Érika tenía recuerdos borrosos de lo que sucedió después. Su hermano no se separó de ella en ningún momento y, aunque él también era pequeño, tenía catorce años, se convirtió en su principal apoyo. Los días siguientes a la muerte de su madre fueron un ir y venir de gente que ni conocían ni querían conocer; familiares lejanos, amigos e incluso la prensa, se presentaron en su

casa para ver de primera mano el dolor que había causado el suicidio de la esposa de Rafael Acosta.

Cuando movieron el cuerpo para trasladarla al tanatorio, encontraron una nota escrita a mano por ella. Érika se había enterado de eso hacía muy pocos años. Su hermano se la enseñó cuando vio que era lo bastante mayor como para comprenderlo. Aún recordaba las últimas palabras de su madre:

Rafael:

No puedo vivir así, sintiéndome tan sola siempre, añorando tus abrazos y tus besos. Me siento mendiga de tu amor y tú no haces nada para solucionarlo. Te necesitaba como nunca antes lo había hecho, pero ni siquiera te preocupaste de preguntarme si me encontraba bien, no hiciste caso de mi pérdida de peso y de mis visibles ojeras. Sé que ahora mismo voy a llevar a cabo el acto más egoísta de toda mi vida, pero ya no lo soporto más. Cada día que amanece es una tortura constante para mí. No sé si los rumores sobre ti son ciertos, no lo sé porque nunca me has respondido con sinceridad. ¿Qué puedo pensar, Rafi? No dejo de pensar que estás con otra mujer, dándole los besos que me pertenecen, el cariño que anhelo... No puedo respirar, me ahogo con este dolor que siento.

Diles a Rafa y a Érika que los quiero y que siempre los querré, porque son el mayor regalo que me has dado.

Tuya siempre,

SONIA

Su madre lo había pasado fatal durante años y ella ni se había enterado. Siempre tenía una sonrisa para ellos, una broma para hacerlos reír... Pero en la soledad de su habitación lloraba sin cesar todas las noches, intentando encontrar la luz al final de aquel túnel en el que se había metido. Sabía que la única solución para encontrarse bien era tener con ella a su amado marido, pero el oficio de él era incompatible con su deseo. Poco a poco, casi sin que nadie se diera cuenta de su tristeza, cayó en una terrible depresión que le hizo pensar que no había escapatoria para su desazón. Lo único que veía era su tristeza y su dolor y sólo pudo encontrar una triste salida...

Cuando Érika leyó aquella nota creyó morir. Le preguntó a su hermano si de verdad su padre había engañado a su madre con otra. Rafa le dijo que nunca había hablado con su padre de eso, se daba cuenta del dolor de él por la falta de su esposa y pensó que era inútil sacar a colación algo que podría hacerle todavía más daño.

Érika nunca se atrevió a hablar con él de ese tema, que se convirtió casi en tabú, y con el paso del tiempo a ella le fue más difícil sacarlo. Cuando alguien le preguntaba por su madre, sólo comentaba de pasada que había muerto, pero intentaba por todos los medios no tener que explicar la verdadera causa de su muerte. Érika detestaba asumir la realidad: que su madre, a la que creía capaz de mover el mundo si se lo proponía, fue débil y egoísta.

Enterró la cabeza en la almohada, intentando que desaparecieran los fantasmas del pasado, anhelando borrar aquella trágica verdad. Pero era inútil. Su suicidio había afectado a toda su familia, y ya nada volvió a ser igual.

Sin casi darse cuenta, Érika empezó a peinarse como su madre, dejándose el pelo igual de largo que ella... simplemente para poder tener un recuerdo de aquella persona a la que tanto había querido y tan pronto la había abandonado. Pero eso ya era agua pasada, pues había decidido poner fin a aquella vida centrada en ese deporte que había hecho que su madre quisiera dejar de vivir... Se tocó el pelo en un acto reflejo y sonrió. Iba a vivir e iba a disfrutar de la vida al máximo. Se había cansado de seguir la corriente. A partir de ese instante tomaría sus propias decisiones, aunque tuviera que nadar contracorriente para lograr lo que tanto deseaba: la felicidad.

Miró su reloj de pulsera, faltaban aún un par de horas para que el complejo deportivo se despertara. Abrió el ordenador, fue a su correo electrónico y redactó el e-mail para Katy con todo lo que había averiguado. Comenzó a rememorar lo que había ocurrido aquella tarde y sonrió al pensar que había sido muy inocente al creer que conseguiría su propósito, saber lo máximo posible de Leo para vender esa información a la revista del corazón, sin tener que dar ella nada a cambio.

Aún no entendía cómo se había dejado llevar tanto. Estaba claro que ese hombre no le caía nada bien, pero se había dejado engatusar para perder su virginidad. Se dio la vuelta y miró al techo. En parte se alegraba de haberlo

hecho. Leo se había portado muy bien con ella, había tenido mucha paciencia y cuidado en su primera vez. Había sido un poco doloroso al principio, pero luego la molestia desapareció y se convirtió en un placer increíble. Después de aquello se había sentido diferente, aunque pareciera absurdo, un poco más mujer.

Le gustaba ver que él se excitaba sólo con su proximidad y cuando lo volvieron a hacer, fue mucho mejor que la primera vez. El dolor había desaparecido y Érika sólo sentía placer, morbo y excitación. Leo era un magnífico amante, algo lógico, por la lista interminable de conquistas que tenía, pero ella había sabido sacar provecho de su experiencia. Estar en sus brazos era reconfortante, él sabía lo que hacía y sabía guiarla para que ella supiera dar también placer...

Se movió inquieta en la cama. ¿Cómo era posible que sólo con pensar en eso estuviese otra vez excitada? Cogió la almohada y se tapó la cabeza y se repitió mil veces que no volvería a pasar; no podía dejar que ese hombre volviese a hacerle el amor de aquella manera que la hacía enloquecer...

Además, en unas horas hablaría con la periodista, le diría todo lo que había averiguado y obtendría el dinero necesario para su nueva vida, una nueva vida que no quería que tuviese ninguna relación con el mundo del tenis. Ya tenía bastante con un padre entrenador y un hermano periodista deportivo. Su cuota estaba completa y tampoco deseaba mantener una relación de sexo sin compromisos con el mujeriego de Leo Silva. Pensando en su nueva vida la venció el sueño.

—Érika, despierta... Pero ¿qué leches te has hecho? —exclamó su hermano, que acababa de entrar en su habitación.

—Hum... déjame dormir un poco más —susurró ella dándose la vuelta.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —volvió a preguntar Rafa, cogiéndole un pequeño mechón.

—Me lo he cortado, estaba harta de llevarlo tan largo... Ahora déjame dormir, porfa —murmuró con los ojos cerrados.

—¿Dónde estuviste anoche? Pasé a verte y no estabas.

—Me fui a dar una vuelta. —Resopló viendo que su hermano se había propuesto no dejarla dormir.

—¿Con quién?

—Con un amigo... —Puso los ojos en blanco, aquello parecía un interrogatorio.

—Supongo que ese amigo se portaría bien contigo...

—Rafa, no soy una niña —dijo, volviéndose para mirarlo.

—Sólo te digo que tengas cuidado —contestó él—. Y ahora, levántate, papá quiere que entrenes un rato con Martín. Ayer ganó y esta tarde tiene un partido importante, juega con el Top 10 —explicó, poniéndose en pie.

—Cinco minutos y bajo —le aseguró Érika, mientras veía a su hermano marcharse y dejarla sola en su habitación.

Se levantó de un salto, todavía llevaba la ropa de la noche anterior. Se metió en la ducha y enseguida salió. Era un gusto llevar el pelo tan corto, porque en un santiamén se lo había enjabonado y aclarado.

Se puso un conjunto deportivo de tenis color morado, sus zapatillas preferidas y bajó con una sonrisa en la cara. Pasó por el restaurante para desayunar, tenía mucha hambre. Vio a Leo en una mesa, observándola con una sonrisa; ella intentó fingir que no lo había visto. Cogió un zumo, se lo bebió de un trago y salió de allí casi corriendo, con una tostada en la mano. De reojo vio a Leo de pie, se había levantado para acercarse a ella.

Su padre se sorprendió mucho al ver su nuevo peinado. Se había acostumbrado a que llevara el pelo largo, pero no dijo nada, aún estaba molesto por su intención de irse de su lado. Érika estuvo entrenando un par de horas con Martín, intentando que mejorase varios golpes. El cuerpo le pedía a gritos un descanso, pero trató de luchar contra el cansancio y lograr así que el chico pudiera mejorar para aquel partido tan importante.

Después de una ducha para relajar los músculos, antes de bajar al restaurante a comer, llamó a Katy por teléfono para confirmar que había recibido el e-mail. La periodista le dijo que sí, que lo habían leído ella y sus superiores y que estaban contentos por toda la información que había logrado. Le prometió que aquella misma tarde le daría un abultado cheque por la exclusiva.

Érika se fue a comer un poco más contenta, paso a paso estaba avanzando hacia su libertad.

Estaba tan hambrienta que casi no levantaba la cabeza del plato. Su hermano no dejaba de observarla, intentando averiguar qué le ocurría para que se comportara de aquella manera tan inusual.

Su padre, Rafa y Martín estaban hablando del partido de tenis que iba a disputar este último esa tarde, cuando Érika levantó la vista y vio a la periodista, que, con disimulo, le hacía un gesto para que se acercara. Ella se dirigió a la máquina del café, Katy se le acercó y, con disimulo, le dio un sobre. Érika empezó a ponerse nerviosa, estaban en un lugar público y era posible que Leo estuviese por allí. Rápidamente se lo guardó en el bolsillo trasero de los pantalones cortos vaqueros. Las dos se sonrieron y Katy se marchó, dejándola sola delante de la máquina.

Érika temía darse la vuelta, temía ver a Leo sentando a una de las mesas, observándola, temía que la hubiese descubierto... Pero ¿qué más daba? Érika lo detestaba, ¿no?

11

Desde ese día, Érika intentó no coincidir con Leo Silva. No sabía si la había visto hablar con Katy y tampoco quería averiguarlo. Pasaron los días con su incesante rutina: desayuno, entrenamiento, comida, partido, cena y a dormir. Sabía que Leo había ganado sin problemas todos los partidos que había disputado, y Martín, sorprendentemente, también. Se estaba convirtiendo en la revelación del torneo, algo que la alegraba y también la desquiciaba. Que el chico fuera avanzando en el torneo significaba que ella debía permanecer allí, y estaba deseando marcharse. Ya tenía el dinero, una suma descomunal, en sus manos.

Había pensado irse a vivir a la que había sido su casa, pero al final había optado por empezar de cero en otra ciudad para que los recuerdos no la asediaran...

Vio a Leo de pasada varias veces. Sabía que él quería hablar con ella, pero Érika siempre se escabullía olvidando las formas y dejándolo plantado con cara de pocos amigos.

Habían llegado a semifinales casi sin darse cuenta y ella estaba frenética. Esperaba que uno de los dos fallara en sus respectivos partidos, porque, en caso contrario, tendrían que enfrentarse y disputar la final.

Érika salió a correr temprano; la tensión la estaba matando y necesitaba moverse. Sabía que ese mismo día publicarían la exclusiva en la revista, aprovechando el protagonismo de Leo Silva en el torneo, y ella sólo deseaba estar lo más lejos posible de él. No quería que hablaran, no quería volver a verlo. Sólo quería irse del Open Usa y empezar de cero. Aún no sabía muy

bien cuál sería su destino, pero lo que sí sabía era que se iría sola.

Corrió con todas sus fuerzas, tratando de ir cada vez más rápido, forzándose a llegar lo antes posible al lago. Se detuvo en la orilla, jadeando, notando cómo sus piernas se quejaban por el esfuerzo.

—Al fin te encuentro —dijo Leo, cogiéndola del brazo para que no huyera de nuevo.

—¡Mierda! —exclamó sobresaltada—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo todos los días para intentar verte. ¿Qué te pasa, Érika? Desde aquella noche no has vuelto a hablar conmigo.

—Dijimos que era sólo sexo, sin ningún tipo de compromiso. ¿Para qué querías volver a verme? Ya conseguiste lo que andabas buscando...

—Quiero más, mucho más de ti... —murmuró él, estrechándola entre sus brazos—. Me gustas mucho, me pones como nunca lo ha hecho ninguna otra. Quiero volver a hundirme en ti, deseo volver a oírte gemir —le susurró al oído.

—Yo no quiero nada de eso —musitó Érika, notando la erección de él y odiándose a sí misma por excitarse con sus palabras.

—Humm... Creo que mientes. Mira cómo reacciona tu cuerpo a mi contacto, tu respiración está igual de agitada que la mía... Uf... Érika. No dejo de pensar en ti, en tu cuerpo, en tus manos, en tus pechos, en tu boca...

—Leo, déjame marchar. No vas a volver a acostarte conmigo.

—No puedo dejarte ir. Eres increíble. Nunca nadie me ha hecho sentir esto... —comentó, besándole tiernamente el cuello.

—Eso lo dices para que te deje meterme mano.

—No, te lo digo de verdad. —Le cogió la cara y la miró fijamente a los ojos—. Dame otra noche más. —Le rozó los labios con los suyos y la besó con intensidad.

Al sentir el beso, el cuerpo de Érika reaccionó, amoldándose al de Leo, y le devolvió el beso apretándose más contra él.

—Ahora mismo te desnudaría y te follaría de mil maneras distintas —susurró, acariciándole el trasero con sensualidad; ella gimió excitada.

—No va a pasar, Leo... —logró decir con dificultad.

—Lo deseas y lo sabes, Érika. Deja de prohibirte las cosas que anhelas y

vive sin limitarte por nada —respondió, acariciando con los dedos los labios entreabiertos de ella.

—Leo, yo... —bufó sin saber qué hacer, en su cabeza luchaba el deseo contra la razón.

—Esta noche, después de mi partido, en nuestro lugar de siempre. Iremos a ese hotel de la ciudad y disfrutaremos como nunca lo hemos hecho. ¡No me falles! —le pidió, dándole un beso apasionado—. Sé que vendrás, porque tú también lo deseas.

Leo la miró a los ojos, la volvió a besar, le guiñó un ojo y la dejó de nuevo sola. Érika temblaba como una hoja. Estaba totalmente excitada y no sabía qué hacer. ¿Se dejaría llevar por lo que le gritaba su cuerpo o haría oídos sordos a aquel deseo que sentía?

Pasó el día absorta en sus pensamientos. Su padre y su hermano se dieron cuenta y le preguntaron qué le pasaba. Ella dijo que estaba nerviosa por el partido que iba a disputar Martín, pero en realidad tenía un debate interno: no sabía si ir a la cita con Leo o dejarlo plantado. Era consciente de que estaba jugando con fuego, un fuego muy tentador y excitante, que acabaría por incendiarlo todo.

Sentada en la tribuna, acompañada por su padre y su hermano, vio la semifinal de Martín. Éste estaba muy nervioso. Aunque había logrado ganar todos los partidos que había disputado, tener enfrente al número dos del tenis mundial era para estar así y más. Al acabar aquel partido se disputaría la siguiente semifinal, en la que participaba el número uno de la ATP, y cuando acabara... Érika se removió en su silla, al pensar en la tentadora cita de aquella noche. Todavía no había decidido nada. Miró a Martín, que calentaba con concentración, y pensó que dejaría la decisión a la suerte. Si el chico ganaba, tendría que jugar la final con Leo, porque seguro que éste sí ganaba su semifinal, y si pasara eso, ella tendría que volver a verlo... En ese caso no quedaría aquella noche con él. Pero si Martín perdía, al día siguiente se marcharían del Open Usa y podría quedar con Leo, porque ya no tendría que verlo nunca más. Con esa apuesta en su cabeza, comenzó la primera semifinal.

El juego pasaba veloz y Érika se aferraba frenética a la silla. Por una parte quería que Martín ganase, así se obligaría a no ir a aquella cita. Pero su

cuerpo quería que perdiese, quería notar de nuevo las experimentadas caricias de Leo sobre su piel y que le hiciera rozar el cielo con los dedos.

El primer set fue para Martín, aunque muy ajustado, porque lo tuvieron que decidir en el *tiebreak*. El segundo set comenzó ganando su contrincante, así que Martín se empezó a desanimar. Érika no sabía si se había confiado en exceso o el cansancio le había jugado una mala pasada. El calor era aplastante y empezó a abanicarse nerviosa. Hubiese preferido mil veces disputar ella aquel partido que ser testigo de él. Al final ganó el set el número dos, dejando a Martín más nervioso de cómo había comenzado el partido. El tercer set se inició con la angustia y la felicidad de Érika presentes a partes iguales. Estaba claro que había sido una tontería dejar la decisión de si iba a la cita o no al resultado del partido. Ella deseaba volver a quedar con Leo, sin importarle el resultado final, porque quería volver a sentir aquella pasión que había descubierto entre sus brazos.

Se levantaron de la tribuna con la sensación agrídulce de haberse quedado a las puertas de la final. Martín no consiguió derrotar al número dos de la ATP, pero luchó bien en un disputado partido: 7-6 4-6 3-6 y 2-6.

Érika se fue de allí con el convencimiento de que iba a hacer lo correcto. Quedaría con Leo aquella noche, y al día siguiente se iría del Open Usa y dejaría aquella vida para siempre.

Pasó lo que quedaba de tarde encerrada en su habitación, preparando las maletas para partir por la mañana. Habían transcurrido dos horas desde que comenzó la otra semifinal. Miró por internet desde su móvil para ver cómo iba el partido de Leo. Bufó con una sonrisa cuando comprobó que había ganado sin ninguna dificultad con un aplastante 6-3 6-2 y 6-0.

Se miró en el espejo y vio cómo le quedaba aquel corto vestido blanco ajustado; quería que esa última noche fuese inolvidable. Con una sonrisa, salió de su habitación. Sabía a lo que iba y deseaba que llegaran al hotel para sentirlo todo de nuevo.

* * *

—Impresionante —exclamó Leo al verla aparecer junto al Unisphere. Él

se acababa de duchar y aún llevaba el pelo mojado.

—No sé si felicitarte por tu victoria —murmuró ella con una sonrisa.

—Felicítame las veces que quieras cuando llegemos a esa habitación que he reservado —comentó él abrazándola y besando sus labios con deseo.

—Te recuerdo que mañana disputas la final, ¿no deberías descansar para poder estar al cien por cien? —preguntó Érika, tocando su fuerte brazo.

—No te preocupes por eso, sé que descansaré más entre tus piernas que si me quedo solo en mi habitación —susurró, oliendo su dulce aroma—. Vámonos ya, estoy deseando tenerte desnuda para mí solo...

Érika se subió a la moto detrás de Leo, cogiéndose fuerte a su cintura. Se apretó contra él, intentando que el corto vestido la tapase lo justo para que no se le viese la minúscula y fina ropa interior. Se sentía libre y un poco traviesa, deseaba lo que iba a venir, y todos los poros de su piel estaban preparados para disfrutar de aquel hombre que le había abierto un mundo nuevo, en el que sentía y disfrutaba como nunca antes lo había hecho.

Leo había reservado una maravillosa suite en el último piso, desde donde se podía ver el magnífico Central Park. Érika estaba quieta frente a la ventana, mirando las preciosas vistas de una noche cálida y tranquila, mientras Leo despedía al botones que les había subido champán muy frío.

—Me encanta cómo te queda ese vestido —susurró él, acercándose—. Pero también me gustaría ver lo que llevas debajo.

—Antes de que me lo quite, te quiero advertir que hoy será la última vez que nos veamos. Mañana me iré y nunca más volveremos a encontrarnos —le explicó, separándose de la ventana y bajándose con sutileza los tirantes del vestido.

—No pienses en el mañana, vivamos hoy al máximo. Érika, te deseo aquí y ahora.

Ella sonrió mientras se desvestía, dejando ver su conjunto de sujetador y braguita de encaje fino en color blanco. Leo tragó saliva y, al llegar a ella, la estrechó contra su cuerpo y la besó como si su vida dependiera de ello. Sus manos no cesaban de tocarla, de acariciarla; le desabrochó el sujetador y dejó sus pechos libres.

Érika empezó a quitarle la camiseta, palpó sus tonificados músculos, se

deleitó con su firmeza. Su mano danzó hacia abajo, y la introdujo por dentro del pantalón, agarrando su tremenda erección, aprisionándola con sus finos dedos.

—Como sigas así no podré aguantar —le susurró Leo al oído.

—Quiero que me recuerdes —dijo ella, guiñándole un ojo y poniéndose de rodillas.

—Uf... —bufó él, mordiéndose el labio al adivinar sus intenciones—. Creo que me va a ser imposible olvidarte, preciosa.

Érika le bajó los pantalones y el calzoncillo, liberando su pene erecto. Nunca había hecho eso antes y esperaba que le saliera bien. Fue acariciando su miembro, notando lo húmeda que tenía la punta y, sin pensárselo mucho, la rodeó con los labios. Oyó gemir a Leo y eso le dio los ánimos para seguir hacia delante. Nunca habría imaginado que hacer aquello la pudiese excitar tanto. Estaba arrodillada, clavándose el frío suelo en las rodillas, y notaba cómo su entrepierna latía y se humedecía, dispuesta a obtener su protagonismo. Leo le acariciaba la cabeza con ternura, gimiendo y diciéndole lo excitadísimo que estaba. Ella aumentaba su ritmo, saboreando aquel duro pene hasta hacer que él estuviese a punto de estallar.

—Érika, para —suplicó Leo.

—¿Por qué? —preguntó, todavía arrodillada.

—Porque te quiero follar y que nos corramos juntos —respondió con una sonrisa.

La ayudó a levantarse y la acercó a la cama, donde la tumbó y le quitó las braguitas, dejándola totalmente desnuda. Se puso un preservativo ante la mirada expectante de ella, que no dejaba de observarle.

—Eres única —musitó, hundiendo su pene entre sus piernas.

Érika, al notarlo, gimió de placer. Entrelazó las piernas alrededor de él, haciendo que así pudiera tener mejor acceso. Leo la cogió del trasero y la colocó encima, quedándose él tumbado en la cama, y luego comenzó a ayudarla a subir y bajar a un ritmo enloquecedor. Le susurraba al oído palabras prohibidas y promesas que quería hacer realidad con ella.

Érika estaba muy excitada. Era increíble que con un roce suyo y unas cuantas palabras se sintiera tan pletórica y tan llena de vida.

—Oh... madre mía —gimió, al notar que un orgasmo pugnaba por llegar. Se aferró más a él, hundiendo el rostro en su cuello.

Leo, al notar cómo contraía los músculos de la vagina, la penetró más rápido y con mayor profundidad. Érika soltó un grito de placer mientras clavaba las uñas en los hombros de él, que no pudo más y se dejó ir, mientras le susurraba que lo volvía loco.

Estar en la intimidad con aquel hombre era algo que la enloquecía, sacaba una parte de sí misma que desconocía. Sabía que aquel primer encuentro sexual no sería el único de esa última noche juntos, que aprovecharían al máximo las horas que les quedaban de estar juntos.

Al día siguiente Érika acabaría con ese juego absurdo en que se había convertido su relación. Ahora le hacía gracia pensar que había detestado a aquel hombre con todas sus fuerzas. Pero en ese momento, abrazada a él mientras Leo le acariciaba con suavidad su espalda, lo único que deseaba era que la volviese a amar, haciendo que se sintiera una mujer completa y diferente de la que era.

Érika abrió los ojos lentamente. La luz del sol se colaba con timidez por la pequeña abertura de la cortina. Se estiró y su cuerpo se quejó cuando lo hizo. La noche había sido increíble. Sonrió mientras rodaba por la cama para buscar al hombre que le había dado tanto en tan pocas horas, pero estaba sola. Se incorporó de la cama, mirando por la habitación, pero no vio ni rastro de Leo. Se volvió a tumbar, intentando recordar si por la noche le había comentado algo que justificara su ausencia, pero lo único que recordaba eran sus cuerpos desnudos, saciando la sed de pasión que sentían.

Se mordió el labio. Cada vez que lo hacían era mejor que la anterior; disfrutaban más si cabía del sexo y se amoldaban a la perfección. Iba a echar de menos aquella intimidad; se temía que le iba a costar bastante encontrar a otro hombre como Leo. Imaginar que alguien que no fuese él la amara la hizo estremecer; no deseaba que otro la tocara y la llevara al límite del placer. Le gustaba que fuera él y nadie más que él quien le provocara esas sensaciones que la volvían loca. Sabía que era absurdo encapricharse de un hombre como Leo, ella sólo era una más en su larga lista de conquistas y cuando acabase el torneo encontraría a otra con la que disfrutar, relegándola a ella al olvido...

Suspiró intentando ahuyentar aquella angustia que le oprimía el estómago. ¿Qué había cambiado para que se sintiera así? No lo sabía, pero era absurdo negarse que sentía algo por aquel hombre al que tanto había aborrecido días atrás.

De repente se abrió la puerta de la habitación y Érika se incorporó asustada. Vio a Leo con unas rosas rojas en una mano y en la otra una revista.

Su cara reflejaba malestar y enfado. Ella lo observaba con curiosidad desde la cama, esperando que le contase la razón de que se hubiese ido tan temprano y sin decirle nada.

—¿Qué es esto? —rugió Leo, tirando la revista sobre la cama.

Érika le echó un vistazo a la portada y maldijo para sí. En primera plana había una foto de Leo bajo un gran titular que decía:

LA VERDAD DE LEO SILVA: EL CORDERO QUE SE VESTÍA CON PIEL DE LOBO.

—¡Mierda! —masculló ella, cerrando los ojos avergonzada. Se había olvidado de ese detalle.

—¡No me digas que no has sido tú! Hay cosas en esta revista que solamente te he contado a ti —exclamó, visiblemente enfadado, mientras movía los brazos agitando el ramo de rosas y haciendo que algunos pétalos cayeran al suelo.

—Sí... he sido yo —confirmó ella. Era absurdo negar algo tan obvio.

—¡Sois todas iguales! Sólo buscáis fama y dinero. Yo confié en ti, creía que no eras como las demás. Te he contado cosas que nunca le había contado a nadie y tú me has engañado como a un idiota —dijo, apretando la mandíbula con rabia.

—He hecho lo que tú haces todos los días con un montón de mujeres. Engañarlas para acostarte con ellas, prometiéndoles la luna si es preciso. La única diferencia que hay entre eso y lo que yo te he hecho es que yo obtengo un beneficio monetario —explicó, molesta por el enfado de él, levantándose de la cama y envolviendo su cuerpo desnudo con la sábana.

—No sabía que ahora te dedicaras a la prostitución —soltó Leo, mirándola con frialdad.

—No te pases, Leo —gruñó, poniéndose frente a él y mirándolo con rabia.

—Respóndeme a una cosa, Érika: ¿te han dicho que hagas esto para que yo me desconcentre y pierda el torneo?

—¡No! Fuiste tú el que no paraba de perseguirme para intentar seducirme. Yo no quería nada de ti, pero no quisiste aceptarlo y yo vi una oportunidad para conseguir el dinero que necesitaba para empezar de cero, cuando una

periodista me propuso que le vendiera información sobre ti. Compréndeme, me caías mal y pensé que era la mejor manera de devolverte lo que continuamente les hacías a otras mujeres...

—A ver que me aclare... —susurró Leo, paseando por la habitación nervioso y enfadado consigo mismo por no haber sospechado nada de eso—. Tú te has propuesto ser la salvadora de todas las mujeres con las que me he acostado y me has castigado vendiéndole a una revista del corazón mis intimidades y las de mi familia sólo para que te pagaran. Que yo recuerde, eres hija de un famoso entrenador de tenis. Dudo mucho que necesites hacer algo así de rastrero para conseguir dinero...

—Mi padre no quiere que me vaya de su lado y me ha amenazado con no darme ni un dólar si lo hago... Necesito salir de este mundo, estoy cansada del tenis y de todo lo que lo rodea. Necesito empezar de cero y para eso hace falta dinero.

—Podrías habérmelo pedido a mí, yo te lo habría dado sin problemas... —contestó Leo, apretando los puños enfadado, haciendo que el precioso ramo de flores se doblase.

—A ti nunca te hubiera pedido nada...

—Pero sí que me has usado para obtenerlo. Es curioso que digas tanto que te caigo mal por cómo soy, porque ahora mismo tú te has convertido en alguien peor que yo. Dime, Érika, ¿te aborreces a ti misma?

—Yo... —musitó, sorprendida por su discurso.

—Déjalo, no me importa lo que digas. Vístete, te espero abajo, no tardes. Tengo que prepararme para ganar el campeonato —añadió él, tirando las flores en una papelera y saliendo de la habitación dando un portazo.

Érika se quedó mirando la puerta cerrada y sintiéndose la peor persona del mundo. ¿Qué había hecho? Comenzó a recoger su ropa esparcida por la habitación y se vistió con pesar. Leo tenía razón, se había convertido en alguien peor que él.

El trayecto en moto fue hosco. Érika no quería que la llevara, le dijo que cogería un taxi, pero Leo casi la obligó a montarse. Nadie en el complejo sabía dónde estaba ella; era su responsabilidad devolverla allí sana y salva, luego ya no le importaría lo que hiciera con su vida.

Cuando llegaron casi ni hablaron, lo único que le dijo Leo fue que no quería volver a verla nunca más. Ella se fue a su habitación sintiéndose mal consigo misma, entró y se dejó caer en la cama. Estuvo mirando el techo durante varias horas, intentando convencerse de que había hecho bien al traicionar la confianza que Leo había depositado en ella. Pero no lograba sentirse mejor. El recuerdo de la pasada noche estaba latente, aún sentía el roce de sus dedos por su cuerpo, las palabras dulces que le susurraba al oído... Y ella había vendido todo eso que la hacía sentir bien, por unos miles de dólares.

La puerta de su habitación se abrió de golpe y entró su hermano.

—¿Has visto la prensa de hoy? —preguntó Rafa con entusiasmo.

—Uf... —resopló Érika, temiendo oír la misma cantinela.

—Parece ser que una de las amiguitas del tenista mujeriego ha soltado la lengua y ha abierto la caja de pandora —comentó su hermano con una sonrisa, mientras se sentaba en la cama y le enseñaba la revista con la portada de Leo.

—He sido yo... —contestó ella con remordimiento.

—¿Tú? Pero... ¿por qué has hecho algo así? —preguntó él asombrado.

—Por dinero... pero me arrepiento tanto de haberlo hecho... —suspiró Érika, avergonzada de su comportamiento.

—Bueno, el chico no es que sea un santo, un poco merecido se lo tenía. Siempre fanfarroneando por ahí, ligándose a todo bicho viviente... Ha sido una manera de devolverle el golpe.

—Yo también pensaba así, pero lo he ido conociendo mejor y... —empezó ella, tapándose la cara con las manos.

—¡¡Érika, no me digas que te has enamorado de él!! —exclamó Rafa, mirándola fijamente.

—No sé si lo que siento es amor... pero siento algo muy fuerte por ese hombre que me ha vuelto loca en muchos sentidos.

—Ay, Érika, te has ido a fijar en el peor de todos.

—No te creas, he conocido al verdadero Leo... Él se ha creado una coraza de tipo duro al que no le importa nada ni nadie, pero te puedo asegurar que no es así. Tiene corazón, y uno bien grande. Adora a su familia y quiere con locura a su hermano, al que está ayudando con el dinero que gana en los

campeonatos. En la intimidad es cariñoso, tierno y amable. Es un buen hombre, Rafa. Lo que ocurre es que no le gusta que nadie interfiera en su vida privada.

—Algo que acabas de hacer tú.

—Sí...

—¿Por qué has hecho algo así?

—Ya te lo he dicho, por dinero... —susurró ella acongojada.

—¿Por eso te acercaste a él?

—Sí, creía que no me iba a importar hacerle daño, que se lo tenía merecido... pero me he dado cuenta de que me equivoqué.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Nada, hoy nos iremos y yo me marcharé y averiguaré lo que quiero hacer con mi vida.

—¿Nos dejarás?

—Necesito alejarme de esto, Rafa.

—¿Por eso te cortaste el pelo? Para romper todas las ataduras con nosotros.

—Me corté el pelo porque necesitaba deshacer el vínculo que me había creado con mamá. Eso me ataba al pasado y no me dejaba seguir adelante —explicó Érika con tristeza.

—Siempre nos tendrás a tu lado, lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí, y vosotros a mí —murmuró, abrazando a su hermano mayor.

Sabía que le costaría dejar a un lado lo que había descubierto en aquel torneo y, sobre todo, que debería afrontar el futuro sin la compañía de nadie.

Cogieron sus maletas y se dirigieron al aeropuerto. Su padre y Martín iban a su próximo torneo, en China; su hermano a la redacción del periódico deportivo donde trabajaba y ella... Érika había decidido al fin quedarse unos días más en Nueva York, intentando averiguar qué hacer y adónde ir.

Se despidió con tristeza de su familia, cogió su maleta y se dirigió a un hotel cercano a la Estatua de la Libertad. La idea de empezar en aquella ciudad comenzó a parecerle atractiva, era un sitio con muchas posibilidades y Érika intentaría encontrar la mejor para ella. Al día siguiente buscaría un

apartamento. Dejó las maletas en el hotel y se fue a dar un paseo, necesitaba moverse. Estar encerrada, mirando las cuatro paredes que la rodeaban, hacía que solamente pensase en aquel hombre que en ese preciso momento estaría disputando la gran final del torneo. Por primera vez desde que lo conocía, esperó que ganase y que reafirmara el gran reconocimiento del tenis mundial.

Con unas vistas increíbles a la Estatua de la Libertad, se comió un perrito caliente y supo que Leo Silva se había proclamado campeón. Sabía que lo lograría. Nunca antes había conocido a nadie que fuera tan perseverante cuando deseaba algo. Sabía que en aquel momento sería dichoso y que ya se habría olvidado de ella, al fin y al cabo, sólo era una más.

Los días pasaban y Érika seguía dando vueltas por la ciudad, sin saber muy bien a qué dedicarse. Alquiló un pequeño apartamento, bastante alejado del centro de la ciudad, y tuvo que coger el primer trabajo que le ofrecieron, un puesto de camarera. Su vida era incluso peor que antes: del trabajo a casa y sin nadie con quien hablar. De vez en cuando, su hermano la visitaba para saber si todo iba bien y su padre la llamaba por teléfono. Ella fingía estar contenta con la decisión tomada, pero no era así. Nunca antes se había sentido más perdida y sola.

13

Había pasado un mes desde que Érika tomó la decisión de independizarse y seguía en el mismo puesto de trabajo, de camarera en una cafetería céntrica, cobrando un sueldo bajo y acostumbrándose al hecho de que la vida era así. Había perdido toda esperanza de ser feliz. Debía de ser su sino, porque, hiciera lo que hiciese, se sentía igual de vacía e inútil.

Después de una dura jornada de trabajo se fue a dar un paseo. Al principio le gustaba la intimidad de su apartamento, pero se había hartado de estar siempre sola. Caminó sin rumbo fijo, sólo por el placer de andar y de sentirse activa, haciendo algo más que trabajar e ir a su casa, y llegó a donde iba a parar casi todos los días que se sentía vacía, al lugar donde empezó toda aquella locura: Flushing Meadows-Corona Park. Miró el monumento Unisphere con una nostálgica sonrisa, pensando que su triste vida cambió en el instante que se cayó en la fuente y vio cómo la miraba con arrogancia aquel joven tan atractivo. Érika suspiró intentando quitarse el pesar que semanas atrás se había instalado en su pecho, pero del que no conseguía librarse. Con el paso de los días, se había dado cuenta de que se había sentido feliz al lado de aquel chico que la desquiciaba. Se había obligado a no dejarlo entrar en su corazón porque se dedicaba a aquella profesión que tantos disgustos le habían dado en el pasado, pero en la soledad de su apartamento se dio cuenta de que ese temor era una consecuencia de la muerte de su madre...

Semanas atrás, hablando por teléfono con su padre, le hizo la pregunta que tantas ganas tenía de hacerle y que tanto temor le daba formular. Suspiró aliviada cuando él le explicó que, en todos los años que había estado al lado

de su madre, nunca había estado con otra mujer que no fuese su amada Sonia. Le contó que era un rumor que habían difundido las revistas del corazón. Oír eso la hizo sentirse un poco mejor, era como si se hubiese quitado un peso de encima; ahora sabía que su padre siempre había amado a su madre y que ésta se equivocó al creer en las habladurías de la gente, haciendo que su vida se convirtiera en un sinsentido...

—¿Qué haces aquí, Érika? —oyó que le preguntaban.

Se volvió y vio a Leo que la observaba con las manos en los bolsillos, algo despeinado y terriblemente guapo. El corazón de ella comenzó a latir veloz, lo tenía allí delante, sonriéndole...

—¿Y tú? ¿No deberías estar en otro país, disputando un torneo? —preguntó asombrada.

—Primero respóndeme tú —replicó con una sonrisa, mientras se acercaba.

—Me gusta venir aquí a pensar... —susurró, encogiéndose de hombros—. Creía que sería feliz estando alejada del mundo del tenis, haciendo algo totalmente distinto, y que sería capaz de descubrir cuál es mi camino. —Rio con ironía—. Pero no lo consigo, Leo. No sé la razón, pero me siento cada vez más perdida y no sé qué voy a hacer —concluyó con tristeza.

—¿No te das cuenta, Érika?

Ella levantó la mirada del suelo y lo miró a los ojos, concentrada en sus palabras.

—Tú naciste para dedicarte al tenis. No he conocido a ninguna mujer que me haya plantado cara en una pista y que me haya hecho sudar tanto como tú. Eres buena, muy buena. Es una lástima que malgastes tu tiempo y tu habilidad para ese deporte sirviendo mesas en esa cafetería.

—¿Cómo sabes dónde trabajo? —se asombró.

Él sonrió y se tocó el pelo con gesto despreocupado.

—Hace unos días llamé a tu hermano para saber de ti y él me dijo dónde podía encontrarte... He esperado a que acabases de trabajar y te he seguido hasta aquí. Quería hablar contigo.

—¿De qué? —preguntó nerviosa.

—Hace unos días vi que te retractaste en aquella revista del corazón, desmintiendo todo lo que habías dicho de mí, y que, además, habías devuelto

el dinero que te dieron por la exclusiva... Quería agradecértelo. No tenías por qué hacerlo...

—No hace falta que me lo agradezcas. Hice mal y me sentía fatal por ello —susurró Érika con timidez.

—Ver que habías hecho eso, hizo que diera el paso definitivo para volver a verte... Todo este tiempo he estado pensando en ti, intentando olvidarte y maldiciendo porque no podía hacerlo. Sé que le suelo caer mal a la gente porque soy demasiado seguro de mí mismo, y también me porté como un gilipollas contigo, cuando nos tropezamos —dijo, mirando el agua de la fuente y recordando su primer encuentro—. Pero contigo he sido yo mismo, me he abierto a ti contándote cosas que nunca he podido contarle a ninguna otra persona, y cada vez que nos despedíamos, deseaba volver a quedar contigo más veces. No era sólo sexo, Érika. Lo nuestro era algo más grande, más fuerte. Por eso me molestó tanto ver que me habías vendido, que habías usado mi confianza en tu beneficio.

»¿Sabes una cosa? Gané la final del torneo por ti. Sí, no te rías, es la verdad. Cada vez que golpeaba la pelota, lo hacía con más rabia, intentando demostrarte que aunque me hubieses engañado no iba a abandonar mi pelea, no iba a dejar que ni tú ni nadie me derrotase. Encima del pódium, cuando esperaba a que me entregasen el trofeo, te busqué por las gradas. Sabía que no ibas a estar, aunque una parte de mí deseaba verte aplaudiendo como los demás... Me di cuenta en aquel momento de que me merecía lo que hiciste. Me había acostumbrado a jugar con los sentimientos de las mujeres, haciendo lo que yo quería con ellas, y cuando me cansaba las dejaba sin importarme nadie más que yo. Tú me has enseñado lo que se siente cuando te traiciona alguien al que crees honesto y leal.

—Me arrepiento mucho de lo que te hice. Creía que te merecías eso y mucho más, pero me descubriste una cara que no conocía de ti. Me atraías como si fueras un imán, me gustaba estar entre tus brazos y ahora sé que en esos momentos hallé lo que tanto estaba buscando... —murmuró Érika.

—No te arrepientas nunca de las cosas que has hecho, siempre son por alguna razón. Eso me hizo abrir los ojos y pude verte mejor. Dime ahora, Érika, ¿qué hallaste conmigo?

—La felicidad —susurró ella sin apartar la mirada de aquellos ojos que la miraban con adoración.

Leo sonrió y le cogió la mano con delicadeza, mientras el sonido de la fuente ambientaba aquella escena idílica. El sol empezaba a ponerse y el cielo se tornaba anaranjado, sólo se oía el cantar de los pájaros, el agua brotando y sus respiraciones alteradas.

—Antes me has preguntado qué hago aquí... —susurró Leo, dándole un tierno beso en la mano—. Estaba preparándome para el Máster 1000 de Shanghái y me di cuenta de que me faltaba algo, algo muy importante, que había perdido unas cuantas semanas atrás; me debatí entre intentar olvidar aquella necesidad o luchar para conseguirlo. Ya sabes que siempre gano. —Sonrió, guiñándole un ojo—. Eres tú, Érika, lo que necesito a mi lado. Quiero conocerte mejor, necesito tenerte, porque esos días que viví contigo han sido los mejores de mi vida.

—Pero... Yo creía que era una más... —comentó ella, asombrada por aquella declaración.

—Tú nunca has sido una más. Te lo dije, eres única —susurró, rozándole la cara con la yema de los dedos.

Al notar la caricia, Érika cerró los ojos concentrándose en el hormigueo que le dejaba en la piel.

—Sería un estorbo para ti, no valgo para nada... No sé qué voy a hacer y...

—No quiero que digas eso nunca más. Te lo he dicho antes, eres una buenísima jugadora.

—No me voy a dedicar al tenis.

—Escúchame, me dijiste que no te gustaba competir, pero puedes dedicarte al tenis de otra manera.

—¿Cómo?

—¿Qué te parece si eres mi entrenadora? —preguntó con una sonrisa tentadora.

—¿Y David?

—Lo despedí, no quería que viniese a buscarte... Ahora mismo estoy sin entrenador y he pensado en la mejor jugadora que he conocido. Además, eres

la hija de Rafael Acosta, vamos, un chollo —explicó con dulzura.

—¡Estás loco! Soy superjoven para ser entrenadora. No tengo el título y...

—Sí, loco lo estoy por ti, y lo del título te lo puedes sacar sin problema. Conocimientos te sobran y técnica tienes para dar y vender —dijo, estrechándola contra él.

—¡Esto es una locura! —exclamó Érika con una sonrisa, sintiéndose cómoda entre sus brazos—. He dejado el tenis hace sólo un mes y ahora me ofreces ser tu entrenadora...

—¿Qué haríamos sin estos momentos de locura? Son lo mejor de la vida. ¿Es que no te gusta la idea?

—Lo que más me sorprende es que me encanta —dijo Érika sonriéndole.

—No te sorprendas, preciosa. Tenías que saber lo que era vivir alejada de esto para poder valorarlo más.

—¿Cómo es posible que estuviese tan ciega? He vivido todos estos años quejándome y convenciéndome de que había una vida mejor para mí...

—Y la hay, es la que vamos a empezar a vivir tú y yo juntos. ¿Aceptas el desafío?

—¡Sí, lo acepto! —exclamó Érika, convencida.

Leo se acercó a ella y la besó con adoración, gritándole en cada beso lo que sentía por ella, haciendo que Érika comenzara a sentirse mucho mejor entre sus brazos. Aquella opresión en su pecho desapareció al notar sus brazos rodeándola. Se sentía dichosa junto a él. Había descubierto que nunca se debe juzgar a nadie por una primera impresión. A veces la vida te sorprende cuando aquella persona que te caía tan mal se convierte en el pilar más fuerte y resistente que tienes a tu lado para conseguir la ansiada felicidad.

Tímidamente, la luna empezó a iluminarlos. El sol había ido cediendo y comenzaba a refrescar, pero a ellos les daba igual el cambio de temperatura. Sus corazones, latiendo al mismo compás, hacían que se calentaran desde el interior.

EPÍLOGO

—¡Estás imparable! —exclamó Érika, acercándose a Leo para darle un abrazo.

Estaban en los vestuarios del complejo deportivo del Open Usa, había pasado un año desde que se conocieron en ese mismo torneo.

—Estaba deseando darte un abrazo —susurró Leo contra el cuello de ella—. ¿Crees que tengo opciones de ganar otra vez el título?

—¡Por supuesto! Eres el mejor. Estás batiendo todos tus récords, llevas ganados todos los partidos que has disputado. —Érika sonrió orgullosa de todo lo que él había logrado.

—Soy el mejor porque tú estás a mi lado... —musitó Leo con una sonrisa, mientras la estrechaba más contra su cuerpo.

—¡Eres incorregible! —comentó ella entre risas—. Anda, dúchate y vamos a descansar un rato.

—En cinco minutos estoy listo —contestó, dándole un tierno beso en los labios y yendo hacia las duchas.

Érika salió de los vestuarios y lo esperó en una sala que estaba a la salida del recinto. Se sentó en un sofá mientras aguardaba a aquel hombre que tanto le había dado. Recordó la primera vez que lo vio y lo que sintió por él. Parecía todo tan lejano que era increíble que sólo hubiese pasado un año... Alguien que tanto la había desquiciado se había convertido en el eje de su universo. Lo amaba como nunca había querido a nadie, sentía, al fin, la ansiada felicidad que tanto anhelaba, y no sabía cómo agradecerle que se hubiese fijado en ella y que la hubiera ayudado a abrir los ojos ante la

realidad.

Érika se había cegado con que tenía que encontrar su camino alejada del mundo del tenis, porque creía que encontraría la felicidad en otra parte. Pero gracias a Leo se había dado cuenta de que no podía hacer otra cosa, pues toda su vida se había estado preparando para ser la mejor en ese campo. Obtuvo sin problemas el título de entrenadora de tenis y, con ayuda de su padre, consiguió ser la más competente del circuito, revolucionando el mundo del tenis y haciendo que Leo fuera el mejor de todos los tiempos. Si todo salía como estaba previsto, aquel año también se llevaría el Grand Slam y sería de los pocos en ganarlo dos años seguidos.

—Vámonos —dijo Leo, acercándose a ella.

Érika se levantó y salieron del recinto cogidos de la mano.

—¿Adónde vamos? —quiso saber ella, al ver que se alejaban del complejo deportivo.

—A dar un paseo —contestó él, mirándola con adoración sin detenerse.

Salieron en dirección al Flushing Meadows-Corona Park y se detuvieron a los pies del Unisphere, aquella escultura que tanto había hecho por ellos. Se acercaron al agua que rodeaba el monumento.

—Érika, quiero que le eches un vistazo a la fuente... —comentó él con una sonrisa nerviosa.

—¿No querrás volver a tirarme dentro? —preguntó ella también con una sonrisa, sin entender nada.

—Confía en mí, cariño —susurró Leo, acercándola al borde de la fuente.

Érika observó el gran monumento que se erguía en medio y algo llamó su atención. Era una pequeña bolsita atada a uno de los arcos de la escultura. Se volvió para mirar a Leo y éste asintió con la cabeza. Ella se quitó las sandalias y se metió en las frías aguas de la fuente con una risita nerviosa. Cogió la bolsa y se acercó a su amado Leo, que no paraba de sonreír dichoso. La ayudó a bajar, Érika abrió la bolsa y encontró dentro una pequeña cajita forrada en tela roja. Su pulso se alteró al abrirla y descubrir el anillo más maravilloso que había visto nunca.

Leo le cogió las manos, mirándola con cariño.

—Hoy hace un año de aquel día en que te tiré a esta fuente y todos los días

doy gracias por haberme tropezado contigo... Érika, eres la mujer más maravillosa que he podido conocer. Tú consigues que sea mejor persona.

—Oh, Leo... —susurró, emocionada por sus palabras.

—Cariño mío, deseo quererte todos los días de mi vida, tenerte a mi lado siempre y que tu sonrisa alivie cualquier problema. Te amo, Érika; como nunca creí que podría amar. Has conseguido lo que no creí que sucedería: un saque directo al corazón de este tenista vanidoso y mujeriego. —Ella sonrió dichosa—. A los pies de esta escultura que ha sido testigo de nuestra relación, quiero pedirte una cosa. Algo que me hará ser la persona más feliz del mundo...

Leo se arrodilló y, sin dejar de observar la cara sonriente de su amada, sacó el anillo y dejó la cajita en el suelo.

—Érika Acosta, ¿te quieres casar conmigo?

—¡Sí, quiero! —exclamó emocionada.

Con delicadeza, Leo le colocó el anillo en el dedo.

—¡Oh, Leo! Soy tan feliz a tu lado —dijo, abrazándolo con fervor cuando él se puso en pie.

—Siempre estaremos juntos, mi vida. Tú y yo podemos ser capaces de todo —dijo él, estrechándola fuerte.

Abrazados, a los pies del grandioso monumento, prometieron amarse, ajenos a las personas que paseaban por el parque, que se quedaban observando la romántica escena protagonizada por el mejor tenista del mundo y su entrenadora.

AGRADECIMIENTOS

A la persona que me tiró a la fuente para que publicase mi primera novela. Gracias a ese empujón, al apoyo que recibo día tras día, estoy cumpliendo este maravilloso sueño. ¿Qué hubiera hecho sin ti, amor mío? Gracias por todo lo que me das y por hacer que sea mejor. ¡TE AMO!

A mis queridos hijos, gracias por el cariño sin límites que me dais y por hacer que sea mejor madre. ¡Os quiero hasta el infinito más un millón!

A mi gran y extensa familia, gracias por tantísimo. ¡Os quiero mucho!

A mis amigas, a mis Cococalas, a las profes de mis hijos, a las mamis del cole (¿Cómo no acordarme de todas vosotras?), gracias por leerme, por apoyarme y por alegraros cuando publico un nuevo libro. ¡Sois lo más!

A mis maravillosos lectores 0... Gracias por tanto y tanto. Sois el tándem perfecto para mí. ¡Os quiero un montón!

A todas mis lectoras y también a mis lectores, a los grupos de Facebook donde se ayuda tanto a los escritores, gracias por confiar en mis novelas, por vuestro gran apoyo, por compartir mis publicaciones, por comentar mis *posts* en las redes sociales y, sobre todo, por querer descubrir todas mis historias. ¡¡Sois la caña de España!!

A mi fantástica editora Esther Escoriza, gracias por tus conversaciones, por tu cariño y por tu amistad. Eres una gran persona y me siento muy afortunada de poder tenerte a mi lado. Muacksssssss, guapísima.

Al Grupo Planeta y al maravilloso equipo que forma el sello Zafiro. Gracias por vuestro cariño en cada nuevo proyecto. ¡Sois unos profesionales como la copa de un pino!

Y gracias a ti, por leer estas líneas, por querer descubrir esta novela sobre las falsas apariencias, esas que nos hacen comportarnos como no somos para protegernos del mundo exterior, y sobre cómo, gracias a la persona idónea, uno puede llegar a ser como es, sin artificios, para poder descubrir lo grandioso que es la felicidad y el amor.

BIOGRAFÍA



Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos.

Desde muy pequeña, su pasión ha sido la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguieron *Ámame sin más*, *No te enamores de mí*, *Perdiendo el control*, *Me lo enseñó una bruja*, *Destruyendo mis sombras* y *Campanilla olvidó volar*.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en: www.loleslopez.wordpress.com.

Saque directo al corazón
Loles López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: S_Photo / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Loles López, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17355-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

